

REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO HEBDOMADARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavorara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José María Castellanos.

Juan Brown

por

ALFONSO PAGES

(Traducido para la «Revista Literaria.»)

VI.

EJECUCION DE BROWN.

La esposa de Brown obtuvo permiso para visitar á su marido en la víspera del día prefijado. A las cuatro entró en la prision.

Es una mujer grande y de constitucion robusta; su fisonomia es mas bien grave que triste. Ha sido madre de trece hijos, de los cuales solo nueve han sobrevivido; sin embargo, parece jóven aun y nada ha perdido de su frescura. La entrevista se prolongó hasta las ocho. Maria Brown no habia visto al condenado desde seis meses atrás, y entonces solo fué por algunos dias despues de una separacion de dos años. Corrió á abrazar á su marido, prorrumpiendo en lágrimas y sollozos que duraron algunos minutos. Brown estaba firme como una roca. Le tomó la mano y le dijo únicamente: Dios os bendiga y tambien á nuestros hijos. A continuacion se ocupó de los asuntos de la familia y dictó al sheriff Campbell el testamento siguiente, del cual publicamos solo los fragmentos que tienen algun interés para el lector: ellos prueban el espíritu religioso del testador:

«Charlestown, condado de Jefferson, Virginia, 1º de Diciembre de 1859.

«Doy á mi hija Ruth Thomson mi grande y antigua Biblia, que contiene los *memoranda* de la familia.

«Doy á mis hijos, á cada una de mis otras hijas, á mi yerno Enrique Thomson y á cada una de mis nueras, una Biblia de la mas bella edicion que puede encontrarse en una de las librerías de Nueva York ó de Boston, á precio de cinco libras ejemplar, pagadas al contado con el producto de la venta de la herencia de mi padre.

«Doy á cada uno de mis nietos que viva en la época de la reparticion de la herencia de mi padre, una Biblia de la mejor edicion posible (como se ha dicho mas arriba) de valor de tres libras el ejemplar.

«Todas estas biblias deben ser compradas al mismo tiempo, al contado y bajo las mejores condiciones.

«Deseo, que todo lo que reste de lo que

me toca en la sucesion de mi padre sea distribuido por mi hermano, y por partes iguales, entre mi mujer y cada uno de mis hijos, así como tambien entre las viudas de Watson y de Owen Brown.

«Juan Brown.

«Juan Davis, testigo.»

Cumplidos los deberes para con la familia, Brown no pensó ya mas que en los deberes religiosos, y á la mañana siguiente, 2 de Diciembre, cuando se le vino á buscar á la prision, estaba dispuesto para la muerte. El cuidado con que el gobernador Wise procuró alejar á los concurrentes es la causa de que carezcamos de detalles particulares acerca de la ejecucion. Todos los periódicos franceses han reproducido el siguiente despacho telegráfico publicado en el *Boston-Journal*:

«Charlestown, 2 de Diciembre.

«El condenado salió de la prision a las once. Antes de partir, dijo adios á sus compañeros de prision, y se mostró muy afectuoso con todos ellos, escepto con Cook.

«Acusa á este último de haberle engañado sobre el apoyo que debia tener en los esclavos. Por él habia creído que éstos ya estaban preparados para la insurreccion, y ha reconocido que su opinion era falsa. Cook ha rechazado la acusacion, pero no ha contestado gran cosa.

«Luego que el prisionero dijo que estaba pronto, se le ataron las manos; cubierto con un sombrero bajo y llevando los mismos vestidos que tenia durante el juicio, se dirigió á la puerta con aire tranquilo y risueño. A su salida, seis compañías de infanteria y un destacamento de caballeria, mandados por el jeneral Tallafero y su estado mayor, estaban formados en linea enfrente de la prision. Un carromato abierto, llevando una caja que encerraba un hermoso ataúd de roble, le esperaba á la puerta.

«Brown echó una mirada á su alrededor y dirigió la palabra á muchas personas á quienes reconoció. En seguida se sentó con el verdugo Avis sobre la caja que contenia el ataúd. Aunque considero con interés el gran aparato militar que se habia desplegado no hizo ninguna observacion. El carromato se puso en marcha llevando á sus costados, dos filas de carabineros.

«A su llegada al teatro de la ejecucion, los militares lo habian ocupado ya completamente. Muchos piquetes de tropa armados de fusiles, con bayonetas, estaban dispuestos para tener á raya á los ciudadanos y oponerse á que tomasen otra posicion de la que se les habia asignado.

«Por la tenaz resistencia del doctor Rawlings y de Frank Leslie, la orden que alejaba á los periodistas fué en parte anulada, pues se les asignó lugar junto al estado mayor del general.

«Brown subió los escalones del cadalso con firmeza y fué el primero en llegar á la plataforma. Avis y el sheriff Campbell estaban á su lado, y despues de haberles tendido la mano y dádoles un adios afectuoso, les dió las gracias por sus bondades. En seguida inclinó su sombrero hacia la cara, y le pusieron la cuerda en el cuello. Avis le dijo que se dirigiese al escotillon ó trampa que debia hundirse bajo sus pies. El respondió: «Conducidme, yo no iré.» La cuerda fué ajitada y la orden militar se dió: «Aun no está todo pronto.»

«Los soldados ejecutaron marchas y contramarchas, tomaron posiciones como si el enemigo estuviese á la vista, y de este modo estuvieron ocupados durante diez minutos. El prisionero estaba mientras tanto de pié. Avis le preguntó si no estaba fatigado; Brown le contestó: «No, no estoy fatigado, pero que no se me haga esperar mas tiempo, del que es menester.»

«Fue ahorcado á las once y quince minutos. Se le notó un ligero estremecimiento de manos, una contraccion de los músculos, y en seguida, quedó inmóvil. Su cuerpo fué examinado repetidas veces y los latidos del pulso solo cesaron treinta y cinco minutos despues de la suspension. El cuerpo fué descolgado, colocado en el ataúd y con una escolta de soldados, lo condujeron al depósito de donde fué sacado en una carreta, para ser llevado á su destino, á las cuatro, en un convoy especial.

«Todas las medidas que se han tomado han sido llevadas á cabo con una precision y un rigor militar verdaderamente fastigosos.

«Todo el mundo estaba convencido de que el proyecto de salvar á Brown era un ruido falso.»

.....
Añadiremos á este despacho, para dar una idea del bien que le vá á ocasionar la muerte de Brown al partido abolicionista, la siguiente comunicacion llegada á Paris en la tarde de hoy 23 de Diciembre de 1859:

«7 de Diciembre.

«El día de la ejecucion del capitán Brown fué un día de duelo público y de manifestaciones religiosas en casi todas las ciudades de los Estados libres. En Filadelfia tuvo lugar un meeting, en el cual se pronunciaron muchos discursos y al fin se ha he-

cho una suscripción para socorrer á la viuda y á los hijos del ajusticiado. En Boston, en Plymouth y en Nueva York se ha tocado las campanas: en Albany se tiró un cañonazo cada minuto durante todo el día; en Massachussets, algunos miembros de la Cámara y del Senado propusieron aplazar las sesiones y hacer una declaración de simpatía, lo que ha sido rechazado por una mayoría insignificante.

«En Portland un gran número de ciudadanos se pasearon por las calles llevando crespones en el brazo y en el sombrero; en Montréal y en muchas otras ciudades del Canadá hubo servicios religiosos en todas las iglesias en que se reúne la jente de color. En New-Hampshire y en Manchester, el pueblo hizo una asonada con el objeto de doblar con las campanas de la casa del Ayuntamiento, y al Rejidor le costó gran trabajo el impedirlo.

«Por fin, en las iglesias puritanas, presbiterianas y metodistas de Nueva York, también se celebraron ceremonias religiosas. Las mas importantes fueron las celebradas en la de la «Sociedad puritana de los Universalistas», donde se reunió un numeroso y devoto auditorio; desde las nueve de la mañana hasta medio-día estuvieron en plegarias. Varios ministros tomaron sucesivamente la palabra para pronunciar el anatema contra la esclavitud y sus sostenedores, y para leer algunos pasajes de la Escritura Santa, entre otros el martirio de San Estevan, con el que han comparado la muerte de Brown.

«El ataúd que encierra los despojos mortales de este desgraciado, llegó aquí el 4 acompañado de la viuda y de cuatro ó cinco amigos, que no han abandonado un solo instante á esta valerosa mujer.

«En seguida se volvió á la pequeña aldea, en Albany, que servía de residencia habitual á la familia de Brown. La ceremonia fúnebre tuvo lugar sin la menor demostración, y con gran calma y sencillez, según los deseos del ajusticiado. El Rejidor de la ciudad de Boston se ofreció á recibir el cadáver de Brown con todos los honores que se tributan á los muertos ilustres; su viuda rehusó, pero no por esto pierde su mérito y valor esta manifestación abolicionista.»

VII.

CONCLUSION.

Hemos contado con la mas evidente imparcialidad la historia de Juan Brown. Dejaremos que nuestros lectores se formen ellos mismos un juicio sobre el Espartaco americano, convencidos, por nuestra parte, de que su vida no es aun bastante conocida para que cualquiera que sea ese juicio tenga autoridad. La sola cosa incontestable es que si Brown tomó un mal camino para conseguir su objeto, este objeto es uno de los mas nobles que hoy día puede un hombre proponerse, y que su fin heroico lo pone en el rango de los mártires de la libertad.

Pero hay una conclusión mucho mas importante que deducir de los acontecimientos que acabamos de narrar.

Si la República anglo-americana no aboliese inmediatamente la esclavatura, no solo corre un gran riesgo, sino que se deshonoraría á los ojos de las naciones.

Que no alegue sus intereses: porque le probaremos, cuando quiera, que su interés consiste en hacer lo que el honor manda. Que no alegue el estado de abyección de los esclavos: porque le contestaremos con Juan Jacobo Rousseau: «Todo hombre nacido en la esclavitud, nace para la esclavitud,» y con Lamartine: «Nos pintan á los esclavos como brutos, para excusarse de no hacer de ellos hombres.» Sobre todo, nada de medidas transitorias. Con la historia de las colonias á la vista, probaremos que las medidas transitorias son peligrosas, al paso que la emancipación inmediata no ofrece ningún peligro.

Proudhon.

ENSAYO SOBRE SU VIDA Y SUS ESCRITOS.

XII.

Rousseau abandona pues el Gobierno directo.—Proudhon demuestra que es la última consecuencia del principio de autoridad y con este motivo comprende la crítica del mismo principio. . . . «El principio de autoridad, dice, y de Gobierno, tiene su origen en el dato empirico de la familia—Ha sido aplicado por todos los pueblos de un acuerdo unánime, como condicion de orden social—Pero, en un momento dado de la historia, ha principiado á ser negado espontáneamente y reemplazado por otra idea, que hasta entonces parecia serle subalterna, y es la idea de contrato.»

Partiendo siempre del axioma que, toda idea se establece ó se refuta en una serie de términos que son como su organismo, y cuyo último resultado demuestra irrevocablemente su verdad ó su error, pasa en revista las instituciones que ha organizado la idea de autoridad.

¿Porqué hay Gobierno?—Porque una sociedad no puede vivir sin orden, y el Gobierno es el principio de la garantía y del orden social.

Es decir, que estas dos nociones, el Gobierno y el orden, serian en la relacion de la causa del efecto: la causa seria el Gobierno, el efecto seria el orden.

Así es como ha razonado la humanidad; pero, según Proudhon, «este razonamiento es falso, y la conclusión no puede ser admitida, porque, según la clasificación lógica de las ideas, la relacion de Gobierno á orden no es, como lo pretenden los Gefes de Estado, la de causa á efectos; es la del particular al general. El orden es el género: el gobierno es la especie. Hablando de otra manera, hay varios modos de concebir el orden: ¿quién nos prueba que el orden en la sociedad sea el que nos aseguran nuestros señores?»

«Se alegan; por un lado, la desigualdad natural de las facultades, de donde se deduce la de las condiciones; por otra parte, la imposibilidad de reducir á la unidad la divergencia de los intereses y de acordar los sentimientos.

«Pero este antagonismo seria cuando mas una cuestión que resolver, no un pretexto para la tiranía. . . . ¿Quién os dice que no puede haber solución? unos han creído descubrirla en la comunidad, otros en la asociación, otros aun en la serie industrial. Yo digo por mi parte que existe en la organi-

zación de las fuerzas económicas, bajo la Ley suprema del contrato. . . .

«Descubrir una forma de transacción que, reduciendo á la unidad la divergencia de los intereses, identificando el bien particular y el general, borrando la desigualdad de naturaleza por la de educación, resuelva todas las contradicciones políticas y económicas; en que cada individuo sea igual y sinómicamente productor y consumidor, ciudadano y príncipe, administrador y administrado; donde su libertad se desarrolle siempre sin que nunca necesite enagenar parte de ella; donde su bienestar se aumente indefinidamente, sin que pueda experimentar, por parte de la sociedad ó de sus conciudadanos, perjuicio alguno, ni en su trabajo, ni en sus entradas, ni en sus relaciones de interés, de opinión ó de afecto con sus semejantes.»

Tal es la teoría del contrato social, opuesta á la del absolutismo y de la fuerza.

XIII.

Si el contrato puede ser resuelto entre dos productores, puede serlo igualmente entre millones, desde que se trata siempre del mismo compromiso.

En lugar de esto, los adeptos del Gobierno pretenden que la desigualdad es cosa fatal, y que no habiendo medio de reducir á la unidad la divergencia de los intereses, es menester sostener el orden en la sociedad á pesar del conflicto de los intereses.

Para resolver este problema insoluble, se han empleado sucesivamente el absolutismo, la monarquía constitucional, el sufragio universal, el gobierno directo. . . . Pero, si el pueblo entero entra á gobernar, como lo quiere la lógica, ¿dónde estarán los gobernados? Si en el interés de su libertad y de su soberanía, se encarga del gobierno, no puede ya ocuparse de la producción, porque, por la naturaleza de las cosas, producción y gobierno son dos cosas incompatibles, y que querer acumularlas seria introducir la división en todas partes.

¿Dónde estarán, pues, los productores?

¿Dónde los gobernados? ¿Dónde los juzgados? ¿Dónde los ejecutados?

¿Dirase que el pueblo es todo á un tiempo, que trabaja y que gobierna al mismo tiempo? Es imposible, porque por una parte el gobierno teniendo por razón de ser la divergencia de los intereses, por otra parte no pudiendo admitirse ninguna solución de autoridad ó de mayoría, el pueblo solo en su unanimidad teniendo cualidad para hacer pasar las Leyes, por consecuencia el debate legislativo alargándose con el número de legisladores, los negocios del Estado, no hay lugar ni tiempo para que los ciudadanos se entreguen á sus tareas industriales; no tienen de sobra con todos sus días para despachar los asuntos gubernativos: ó trabajar ó reinar.

Y es así como pasaban las cosas en Atenas. . . . Pero Atenas para una población libre de 20,000 ciudadanos contaba 400,000 esclavos; y aquí ¿dónde están los esclavos para mantener al pueblo, mientras esté gobernando? *Sablata causa tollitur effectus.*

El pueblo en masa entrando en el Estado, el Estado no tiene ya la menor razón de ser, desde que no queda ya pueblo niu-

guno: la ecuación del Gobierno da por resultado *cero*.

Tales son las consecuencias del principio de autoridad transportado de la familia á la nación, la eliminación del Gobierno del pueblo, como la eliminación al menos para el último; es imposible, el movimiento, después de corto periodo, viene cada vez á interrumpirse en un conflicto para empezar otra vez por medio de una restauración... El Gobierno directo, promulgado en 1793, fué para nuestros padres la escalera de la dictadura, que fué ella misma la antesala del despotismo.

He creído conveniente entrar en estos pormenores sobre el principio de autoridad, porque habiendo leído hace poco tiempo el *Evangelio americano*, publicado en Buenos Aires por el malogrado publicista D. Francisco Bilbao, me pareció haber allí algo que se parecía al gobierno directo.

Con razón dice Bilbao: «El sistema de la delegación es falso y atentatorio de la soberanía del pueblo. Delegar la soberanía es absurdo.

El sistema parlamentario actual, ó sistema representativo tan decantado, no me representa, no representa la voluntad del pueblo. El sistema representativo *con mandato imperativo*, se comprende, porque entonces el diputado que nombra el pueblo, promete ó jura cumplir el programa que el pueblo le impone ó le presenta á su adquiescencia.

El mandato imperativo es una inconsecuencia porque es un término medio entre la delegación y el ejercicio de la soberanía. Esto solo lo haría sospechoso. Pero la menor práctica haría resultar las mil dificultades que se le oponen. En primer lugar, es imposible prever todas las cosas sobre lo que se debe legislar. ¿Qué harán entonces los diputados cuando se presente un caso imprevisto? ¿Apelar al pueblo?—¿Porqué pues no establecer de una vez la legislación directa?

Direis que el mandato imperativo no necesita entrar en todos los pormenores y que basta que indique las reglas generales. Pero existen millares de ejemplos para probar que leyes, que principios sentados en las constituciones se han derogado por medio de los decretos de aplicación y de los reglamentos. Por ejemplo, el comercio se declara libre, pero so pretexto de reglamentar el ejercicio de esta facultad, se le pone un sinnúmero de trabas. La prensa debe ser libre, pero se destruye la libertad por decretos parlamentarios sobre la venta de periódicos, sobre responsabilidad de editores, etc. etc. Los derechos del hombre son proclamados por el pueblo, y una decisión de los diputados establece el estado de sitio, so pretexto de salvar la patria y la civilización, etc.

Cuando recaiga alguno de estos decretos derogativos, ¿qué hará el pueblo? (1) Luego ¿porqué no decreta, porqué no legisla, porqué no gobierna él mismo sin necesidad de intermediarios? Su voluntad no sería falseada.

Otra observación: hay un sinnúmero de puntos sobre los cuales el pueblo es incapaz, no digo de dar un mandato imperativo, si-

no de formular una opinión. Los autores mas ilustrados, los publicistas mas adelantados, están en discrepancia sobre la mayor parte de las cuestiones políticas y económicas. La ciencia social apenas existe, y el pueblo, de antemano ¿formulará un mandato de aplicar esta, de resolver aquellas de tal y tal manera? Es imposible.

Luego el mandato imperativo es una inconsecuencia, una irrisión, es un falso electismo entre la soberanía y la delegación, y de ninguna manera puede satisfacer las necesidades sociales.»

Siento que un espíritu tan distinguido como D. Francisco Bilbao se haya detenido en este punto. Tenia miras de escribirle para someterle mis observaciones á este respecto, cuando me sorprendió la triste nueva de su muerte. Pero como por otra parte, se inclina á la descentralización, á la federación, á la soberanía individual, en una palabra, al *self government*, esto no pasa de una ligera contradicción en su sistema de libertad. Si él hubiese vivido, sus tendencias inminentemente liberales lo hubiesen llevado mas adelante... Bilbao como Proudhon, ha muerto demasiado temprano: no pudo decir su última palabra.

Alejo Peyret.

Rikke-Tikke-Tak

por

ENRIQUE CONSCIENCE.

V.

Dentro de una hora el sol inundará con sus rayos el matorral, y el horizonte se ilumina y las tinieblas se recojen hácia el occidente; mil ruidos indefinibles anuncian el despertamiento de la naturaleza

En la pieza de la granja solitaria el reloj continúa su incesante *tic-tac*; nada turba allí el melancólico silencio de la noche, el fogon está helado.

En un rincón, medio perdido entre las tinieblas, se encuentra una rueda de hilar, cuya rueda está todavía cargada de lino finamente rastrillado, en la cual el hilo está intacto como si la hiladora acabase de abandonarlo.

A dos ó tres pasos de la rueda una forma humana se dibujaba en la sombra; es un joven sentado que contempla el instrumento con una extraña expresión. Los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, lleva alternativamente su mirada embebecida de la rueda á la silla vecina. Su fisonomía marca las señales de una profunda tristeza, un fuego sombrío brilla en sus ojos, como si la desesperación habitase en su corazón: y sin embargo, una sonrisa fugitiva aparece por momentos en sus labios. Quien le hubiese visto así, hubiese pensado que una hiladora invisible estaba sentada en la rueda, y que el joven tenia con ella, con el lenguaje de la vista, una conmovedora conversación. Sonidos tan dulces que el silencio nocturno no turbaba, fluctúan en la habitación. El joven coloca el dedo sobre sus labios y parece escuchar, bien que es él mismo el que canta, sin tener la seguridad de ello, la canción de *Rikke-Tikke-Tak*. Se levanta, toma en la mano un callado, y sale á pasos lentos de su habitación. Vedle allí que marcha, pen-

sativo en medio de los alisos; se detiene, coje una flor, la mira sonriendo, la deshoja y deja distraídamente caer los pétalos al suelo. Llega al borde del camino, contempla los lijeros montecillos de arena que se elevan por encima del matorral; sus ojos se llenan de lágrimas, se sienta y llora amargamente.

Se vuelve á levantar otra vez, vá mas lejos hasta una gigantesca haya en la vecindad de la cual algunos enebros en la sombría frondosidad elevan su cima vacilante. Allí permaneció un momento, olvidado de sí mismo, y escucha como si una voz misteriosa viniendo del árbol, el hablase; un dulce canto sube de su corazón á sus labios, bajo la sombra de los enebros murmura la canción de *Rikke-Tikke-Tak*.

Este sueño también se concluye. El joven, sumergido en su pensamiento, abandona la haya y avanza al matorral. Sube una colina arenosa, llegado á la cima hunde delante de sí su callado en la arena, coloca la estremidad sobre su hombro, y apoya su brazo derecho, y reposando sobre este apoyo, permanece inmóvil como una estatua. Su vista se dirige, hácia un punto azulado que aparece en el último plano del lejano horizonte; y desde donde parte un camino tortuoso que surca el matorral en sus curvas caprichosas y viene á perderse á poca distancia de la colina.

¿Qué podía esperar allí el melancólico adolescente? ¿Qué espera que le traiga el sendero del matorral? ¿Hacia qué parte dirige los suspiros penosos y sofocados que se escapan de su seno?

Escuchadle, él mismo lo dice; porque sus suspiros se transforman en una palabra, en un nombre pronunciado con amor, con dolor:

—¡Lena!... ¡Mónica!...

Detrás de él una joven aldeana trepó la colina; y llegando cerca del joven, le dijo con tono ágrío:

—Juan, es necesario ir á casa.

Juan se estremeció, se volvió y arrojó una mirada de reproche sobre la que venia á turbar su meditación. Sin embargo, su fisonomía se hizo de repente tranquila é indiferente; desciende la colina y responde:

—Ya voy, hermana.

Mientras que la sigue con la cabeza inclinada, la joven vuelve á decir:

—¡Es una bella vida la que tú sigues con todos tus caprichos! ¿Piensas, sin duda, que el pan se gana soñando? Desde tres meses héte aquí loco como esta desidiosa de Lena, que ha partido con su padre, según se dice. ¡Puedes jactarte de haber aprendido de ella sus necesidades! ¡Tú estás allí como embebido con los grajos, desde la mañana hasta la noche y en todo tiempo...! ¡En tu lugar me avergonzaria! ¡Dejas que nuestra madre enferma se revuelva en su cama y andas vagando! Si esto continúa, la granja no pertenecerá á nadie, no-otros estaremos sobre la paja y tú en Gheel (1).

Juan no respondió nada á estos reproches y pareció aun no oírlos. Dejó proseguir á su hermana sin conmoverse lo mas mínimo por sus palabras, y la siguió así, con una aparente indiferencia, hasta la granja.

(1). Aldea de la Campine donde se envia en curación á la mayor parte de los locos del país.

(1) ¿Se reunirá para decir que el mandato imperativo ha sido infringido?

VI.

Una hora después de la comida, Juan volvía á encontrarse delante de la haya, pensativo y miraba fijamente las señales grabadas hacia poco tiempo en la corteza lisa del árbol. El pobre jóven tenía el semblante enfermiso y lánguido; un aire descolorido y lívido había reemplazado en su fisonomía el tinte encarnado de la juventud; sus ojos tenían el melancólico ruido de la mirada del insensato, y su cabeza se inclinaba con abatimiento sobre el hombro izquierdo.

Después de permanecer mas de media hora sin moverse oyó detrás de la cortadura de los árboles, hojas secas de los alisos, crujir bajo su planta de hombre; al volverse vió al viejo cura de Desschel que se aproximaba hacia él. Hizo un visible esfuerzo por dar á sus facciones su expresión habitual é indiferente; saludó al sacerdote procurando sonreírse; mas ¡ay! esta sonrisa no anunciaba mas que el sufrimiento y dolores que despedazaban su corazón.

El cura le hizo seña para que se sentase sobre la yerba, le tomó la mano, y mirándole con una expresión de profunda piedad, le dijo con tono grave:

—Juan, Juan, ¿es así cómo cumplis vuestra solemne promesa? ¿Aun permanecéis siempre bajo la haya? ¿Queréis pues que vuestra madre realice su amenaza y haga derribar el árbol para sanaros?

A estas palabras el jóven se estremeció convulsivamente, y fijando en el sacerdote una mirada resplandeciente, exclamó:

—¿Cómo? ¿derribar el árbol... derribar la haya? ¡Oh! no, no, padre mio, yo mataría á los trabajadores.

Estas palabras sorprendieron al buen cura, que á menudo se habia esforzado, con prudentes consejos, en hacer olvidar á Juan el objeto de su tristeza, y que ya pensaba haber llegado bien lejos. Respondió sin cólera y con acento paternal:

—Juan, hijo mio, es un pecado hablar así. Vuestra madre ha dicho eso á bulto, y vos lo sabéis bien, todas sus palabras no tienen ni la verdad ni la realizacion que tendrían si fuesen un evangelio. Pero vos que teneis corazón y valor, que os dejéis arrastrar, á propósito de cosas tan frívolas, por un sueño insensato hasta proferir amenazas de muerte, no lo comprendo, y esto me causa gran pesar. ¿He merecido que vos me respondáis así?

—Perdonadme, padre mio, dijo el jóven, cuyos ojos anunciaban un sincero arrepentimiento. Yo sé que no deseáis sino lo que es bueno y provechoso; pero hay en mi corazón algo de incomprensible, y que es mas poderoso que vuestra palabra y que mi voluntad.

—Juan, exclamó el cura: «el que busca el peligro en él perecerá» y es así como os vá á suceder, amigo mio. Si no os complacéis en pensamientos que paralizan vuestro cuerpo por la falta de acción; si trabajáis en los campos, como es vuestro deber, olvidaríais pronto la causa de vuestros sufrimientos; la salud y el valor volverían, y os encontraríais en estado de trabajar por vuestra madre enferma. Pero no, pasáis todos vuestros días bajo este árbol ó sobre la colina, y no sois solamente un gran pecador no cumpliendo como es menester vuestros deberes para con Dios y para con vues-

tra madre; pero aun sois un inocente, un loco, que se alimenta con la esperanza de una cosa imposible y que dá su vida por una vana quimera.

—¡Oh! ¡padre mio! después de su partida, por largo tiempo he sido activo y trabajador, entonces yo no venía aquí sino antes y después de las horas de trabajo. Esperaba así que podría olvidarla. ¡Ay! su imagen me persigue por todas partes. En el arado, murmuraba mi nombre á mi oído, en el granero las pesas cantaban su querido *Rikke-Tikke-Tak*; en el canto de las aves oía su voz; cualquier murmullo, cualquiera voz de la naturaleza gritaba: ¡Mónica! ¡Mónica! ¿De qué me servía, pues, el trabajo? ¿Sabía yo lo que hacia? ¡Oh! no, padre mio, eso no me servía de nada. El sueño mismo era para mí una vida mas completa que la del día, encontraba allí consuelos, la veía, me entretenía con ella; pero descanso, no lo gozaba jamás. Sin embargo, no puedo trabajar más, aun cuando quisiese; estoy débil y enfermo.

El cura meneó la cabeza y guardó silencio por algun tiempo, después de lo cual tomó de nuevo la mano del jóven y le interrogó de esta manera:

—Vamos, Juan, es necesario me digáis si queréis, si ó no, permanecer en el estado en que os encontrais. Es cierto y lo sabéis que Mónica no volverá jamás aquí, y si volviere sería peor todavía; es una rica señorita, y vos el hijo de un aldeano. Vuestra enfermedad es pues una verdadera locura.

—¡Ah! ¿podré alguna vez olvidarla, padre mio?

—¿Lo deseáis sinceramente?

—Yo lo deseo con lo mas profundo de mi corazón, padre mio; porque desde hace tiempo mis pensamientos no son sino hiel y amargura. La desesperacion llena mi alma.

—Pues bien, mostrad que verdaderamente teneis valor y que queréis sanar. Satisfaced el voto de vuestra madre; seguid mi consejo, id á Molines.

—Me moriría allí, padre mio.

—¿Por qué?

—¡Ah! ¿por qué? Hace algunos meses, fuí á Bruselas, tuve que permanecer allí ocho días. ¡Qué inauditos sufrimientos he sufrido!

—No os comprendo.

—Voy á deciros. Cuando me fué permitido volver, marché día y noche, sin descanso. Cuando, por la primera vez, el viento me llevó el olor de los fuegos de las yerbas marinas, estuve tan conmovido que me puse á llorar como un niño; mas lejos, en medio del primer monte de abetos, me arrojé de rodillas en tierra y dí gracias á Dios en alta voz de que pudiese volver á ver mis queridos abetos. He comido en el primer matorral que he visto: he estrechado contra mi corazón la planta amada, llegando aquí no fuí directamente á la casa; vine desde luego á abrazar la haya mi amiga, y ha sido con lágrimas en los ojos que hablé á los enebros como si fuesen seres racionales... ¡Y vos me proponéis pasar seis años fuera de mi matorral! ¡Imposible!

—Hijo mio, yo sé porque mas que otro, amais el matorral; pero es justamente esta causa que es necesario destruir. Mejor que un trabajo corporal, el estudio desechará de vuestra imaginacion la imagen que os persigue, y la conviccion de que estáis des-

tinado á consagraros todo entero al servicio de Dios logrará triunfar de vuestros pensamientos mundanos, no lo dudeis.

El sacerdote dió á su voz un tono solemne y medio irritado, que hizo una profunda impresion en el jóven, y volvió á decir:

—Debo hablaros de otros motivos aun para atraeros á mejores pensamientos. Juan, os asesinais vos mismo, porque agotais vuestra vida abandonándola á una tristeza continua. ¿Creeis que Dios os perdone vuestra culpable locura si perseverais en ella hasta la muerte? En vuestro fatal extravío no pensais sino en una sola cosa. ¿Se despierta alguna vez en vuestra alma un pensamiento que suba hacia el cielo? ¿Son verdaderas plegarias aquellas que vuestros labios profieren, mientras que adorais á una criatura en el templo mismo del Señor? Y, pensadlo bien, la tumba se abre delante de vos: entregais vuestra alma al demonio, y el fuego eterno será el castigo de vuestro olvido insensato de las cosas del cielo.

Las palabras del sacerdote pronunciadas con una sombría conviccion, habian conmovido vivamente al jóven. Comprendia bien que el cura le habia dicho terribles verdades y temblaba aun después de la amenazante prediccion. Permaneció algun tiempo mudo, los ojos bajos, y volviendo al fin á levantar la cabeza como uno que ha tomado una penosa resolucion, dijo:

—Pues bien, padre mio, así sea! iré á Molines.

—¿Mañana? preguntó el sacerdote con placer.

—¿Mañana, ya? replicó el jóven ¿mañana abandonar mi matorral? ¡y quizás para siempre!

—Juan ¡no digáis cosas tan poco sensatas! respondió el sacerdote. Cada año vendreis á visitar á vuestra madre mas de una vez, y durante las vacaciones volveréis á ver cómodamente vuestro matorral. Y después, cuando seais sacerdote, podreis ser colocado en una aldea de la Campine y allí pasareis una vida tranquila y apacible bajo el cielo del matorral... Mañana ¿no es así?

—¡Pues bien, mañana! Está dicho! exclamó el jóven con una voz mas desgarradora que resonó mas allá de los alisos. Mañana!... mañana!...

Y llevó las dos manos á sus ojos, de donde se escapó un torrente de lágrimas.

Media hora después, de la mano con el cura se dirigia hacia la granja.

(Continuará)

Tipos.

EL LAME-PLATOS.

(Continúa)

Nada es mas justo que tenga esos caprichos y antojos, y que no permita que lo torture un desco insatisfecho. No teniendo hijos que mantener, que vestir y calzar, que mandar al colejo, ó á sus clases de idiomas, de teneduria de libros, de dibujo, de música, para que nada aprendan al fin de los años, pero para tener al menos derecho de creerse inteligentes en todo; nada es mas justo que el dinero que gastaria en el cumplimiento de esos deberes y en esos cuidados estériles, los emplee en corbatas, chalecos, botines á la moda, sortijas, prendedores y cadenas, y en todo aquello que deba hacerlo brillante.

Así, lejos de ser el celibato una desgracia para el *lame-platos*, como creen muchos tontos, que juzgan que el matrimonio es el puerto de todas las salvaciones, porque para ellos ha sido el de todas las humillaciones; libre así de las importunidades domésticas, de las reconvenções de una esposa celosa, ó exigente, como de los gritos de los chiquillos, de sus quejas y querellas, y absuelto de todo culto respecto de divinidades voraces, tiene tiempo y buen humor para pasear el domingo á la tarde en los lugares mas concurridos, y en los otros dias de la semana en las mismas horas, en la calle del 18 de Julio, luciendo sus levitas elegantes, el oro de sus diges, los brillantes de sus alhajas.

Al menos, así es cómo se conduce en la vida dulce é independiente, el elegante, el amable, el seductor Emilio, Papiliano, Rodolfo de Soto Mayor, que es un *lame-platos* de distincion.

Filosofando sobre su libertad y sobre su vida fácil y feliz, con su mano izquierda apoyada en la parte trasera de su cintura, y remolineando en su mano derecha su vara de junco, cuyo puño es de oro cincelado, se desliza lentamente á lo largo de la calle del 18 de Julio, y va diciendo:

—«¡Tomar una esposa!—un sugeto de mi experiencia!—oh! eso me horripila!—Bella ó fea, espiritual ó tonta, joven ó vieja—al diablo!—de ningun modo me conviene—¿Qué esposa, por encantadora ó inteligente que sea, no fastidia al fin!—¿No lo veo todos los dias en la casa de cada uno de mis parroquianos?

Por lo que hace á una esposa hermosa que lucir, por la que todo el mundo se permite suspirar, cuando no se permite alguna otra cosa peor, y á la que por lo menos se le mira *elocuentemente* en mi presencia, tengo bastante con mi levita negra, que me durará seis meses con todo su brillo y la gracia de su forma.

¿Dura tanto tiempo la fidelidad de corazón de una esposa? La luna de miel solo dura un mes, segun lo dicen los poetas, y tambien los romanceros, que no son mas discretos que los primeros.»

A esta altura, el amable Soto Mayor se encuentra con una gran dama, que se apoya lánguidamente en el brazo de su esposo, quien, llevando, por el calor, su sombrero en la mano, deja bien descubierta su frente, en la que el *lame-platos* distinguido, cree ver mil accidentes horribles, mil dramas del género desastroso, bajo las arrugas labradas por una série de cuidados graves.

El amable Emilio Papiliano Rodolfo de Soto Mayor hace á la pareja matrimonial un saludo ceremonioso, que le vale una sonrisa lánguida de la esposa, y un gesto brutal del marido, y pasa diciendo otra vez el distinguido *lame-platos*:

—«Ahí va la realizacion de mi teoria sobre el matrimonio. Ella, la harpia implacable, hastiada de goces, gastada por los caprichos mas caros, dominada de tédio, se hace arrastrar de su estúpida víctima á ese paso lento, mientras él, el esclavo degradado, va abrasado de fiebre que lo haria volar por los aires, como una arista, arrebatada por el huracan, si otra fuerza mayor no lo retuviera uncido á su yugo.

Bien se vé en su frente, que es una his-

toria, escrita en geroglíficos, y en toda su fisonomia trastornada, que se halla contrariado; talvez á esta hora lo llaman en otra parte intereses importantes, que tiene que sacrificar al capricho de su soberana de pasearse á pié á lo largo de esta calle, porque sabe que en ella la de encontrar á quien pueda interesar su aire de fingido abatimiento—Al diablo el matrimonio!—al diablo con todas sus delicias y dignidad!—al diablo mil veces, aun cuando sea, como se dice, la piedra fundamental de la sociedad!—¡Oh! soltura, ¡oh! independencia, ¡oh! soledad deliciosa del soltero!—Hasta ahora no se ha resuelto por los teólogos cual sea el estado mas perfecto, si el matrimonio ó el celibato. Cuando los clérigos han adoptado este último, debe ser él el mas angelico, y de paso el mas conveniente, porque los clérigos no se equivocan jamás sobre conveniencias.»

Si la profesion, ó género de vida del *lame-platos* es dulce y proficuo, es tambien difícil y requiere calidades determinadas.

Pasarse de ellas, es esponerse á verse puesto mas tarde ó mas temprano á la puerta por un gesto desabrido ó una orden brusca; porque entre los que dan de comer á los que no tienen dioses domésticos por el placer de su compañía y sociedad, hay gentes brutales, que se complacen en hacer pagar á sus *gorriones* las delicias de su paladar, con humillaciones crueles.

El *lame platos* experimentado debe huir de los comedores, donde imperan estos seres despóticos, porque una vez que la frente sea mansillada con un agravio de ese género, desciende al rango de los bufones de comedor, ó de los pordioseros de sobras.

El dia en que el *lame-platos* pierda su dignidad, pierde todos sus prestigios. Se hace un ser visible, y todo el mundo se creará autorizado para burlarse de él, para tirarle pelotillas al rostro ó fijarle carteles sobre la espalda.

Veamos ahora las calidades que son indispensables al *lame-platos* de distincion, las que tomo del gran modelo que copio, mi amabilísimo y elegantísimo Emilio Papiliano Rodolfo de Soto Mayor.

El *lame-platos* debe ser un hombre medianamente espiritual, y aun así, debe usar de su espíritu con mucha reserva.

El hombre que tiene mucho espíritu es una aguja que el tonto ó el preocupado encuentra por todas partes pronta á pincharle, y desgraciadamente, en este mundo absurdo, los tontos y los preocupados son los que tienen mejor mesa y los mas atentos y dispuestos á ofrecerla á sus relaciones. Es preciso, pues, no desagradarlos ni voluntariamente, ni involuntariamente.

Por el contrario, el primer cuidado del *lame-platos* debe contraerse á adquirir y conservar la reputacion de bueno, de amable, de atento, de discreto sobre todo, porque tiene que ver muchas cosas y sorprender muchos secretos en su vida errante y variada; de manera que todos los que le ofrezcan habitualmente su mesa, sepan que tiene todas esas calidades, y que cuando se les hable de él, las gentes digan en coro:

—«¡Oh! es un excelente mozo. Su educacion es perfecta—No es muy espiritual; algunas veces parece vacío é insustancial;

pero el pobre es inofensivo—y despues es dulce como un cordero—sus maneras son irreprochables—bien se deja ver que frecuenta muy buena sociedad.»

El *lame-platos*, que hace hablar así á las gentes de su persona, ya ha conseguido que todas las mesas lo esperen, y que todos los dias tenga, por lo menos, media docena de invitaciones.

Es verdad que algunas ocasiones se vé en las mesas mejor servidas, y en las que preside el gusto mas exquisito, á ciertas personas de espíritu distinguido, de esas que, con una sola frase, humillan medio siglo de sabiduria de ciertos personajes, que son eruditos desde la cuna, aunque nunca hayan aprendido á hablar y á escribir; pero que, por causa de que lo ignoran, conservan esa fama, que les ha dado alguna otra reputacion usurpada, porque cada uno protege á sus iguales.

Sin embargo, los hombres de ese temple, que lastiman con una sonrisa, ó aplastan con una mirada, reciben raras invitaciones, bajo el pretexto de la etiqueta ó del buen tono. No así el digno *lame-platos*, profesor experimentado, que á nadie humilla, ni mortifica; convidado á todas las comidas, puede presentarse cuando quiera, como un miembro de la familia, seguro de hallar el sitio mas cómodo y las mas graciosas bondades.

Colocado en su teatro el *lame-platos*, es necesario que tenga sobre sí mismo una gran vigilancia, como la tiene sobre todos sus movimientos un bailarín en la cuerda. Algunas veces, segun las personas, en cuya compañía devore, es necesario que procure parecer un poco insulso é insignificante, pues hay gentes que gustan mucho de esta especie de entes sin olor y sin sabor, y que son, entre el espíritu y la estupidez, como la penumbra entre la luz y la sombra. Afortunadamente esas gentes de raro gusto no abundan mucho en esta sociedad, lo que explica el escaso número de suscritores que tienen ciertos diarios.

El *lame-platos* debe parecer amable en otras ocasiones por estudio y por fuerza, sin sobresalir mucho en esta parte de la farsa de la vida, en este ramo de las perfidias y simulaciones humanas. Hay ciertas gentes que gustan mucho que las demas se molesten y se violenten por agradarlas, á cuyo grupo pertenecen siempre aquellos que no son capaces de molestarse, ni violentarse por nadie, de cuyo género, en fin, salen los ministros ingratos y los demagogos ambiciosos y egoistas.

El *lame-platos* debe abstenerse severamente de esos chistes espontáneos que nacen, brincando en el espíritu, como chispas eléctricas, y que salen á los labios con gran placer de quien los emite. Debe, pues, retener en sus labios todo epigrama maligno, en caso de que pudiera creerse dirigido contra alguna de las personas presentes, y debe guardarlo, para permitírselo entre gentes, de quienes no tenga que esperar ni una buena comida, ni una útil recomendacion. Entre esas personas puede ser espiritual y maligno hasta donde quiera, hasta imitar y plagiar á la crónica periodística de nuestros dias, si le place. Pero no entre las otras, porque una broma puede hacerle cerrar cien puertas.

¿Y si esa broma se juzga dirigida contra

una persona susceptible, que tiene una excelente cocina y la bodega mejor provista? A las gentes de este poder, é importancia culinaria, es necesario ganarselas, atraerselas por las mas finas y laboriosas atenciones, en las que entrarán las cortesias profundas, las sonrisas melifluas, los aplausos mas ardientes por cuanto dicen y hacen. Relativamente á aplausos, es necesario imitar á la barra de nuestras asambleas, cuando apoyan á sus charlatanes favoritos, por mas despropósitos que balbuceen; ó á la platea de nuestro teatro que acredita su gusto literario cada vez que tiene que aplaudir algun monstruoso mamarracho. Es que el hombre, por causa de nuestro padre Adán, tiene el sentido comun viciado y el gusto inclinado á todo lo que es absurdo. Y sin embargo los filósofos de todas partes del mundo y nuestros llamados filósofos niegan obstinadamente la verdad del pecado original y sus palpables efectos.

Nunca está demás con aquellas personas una urbanidad, bajo todos aspectos obsequiosa, y cuanto mas esmerada y asidua sea ella, mas invitaciones valdrá al *lame-platos*, quien, al mismo tiempo que goce de los placeres de la mesa, con la franqueza y desembarazo de un dueño de casa, que por otra parte son signos de buena educacion y uso del mundo, debe con su buen humor y complacencia, respecto de todos los convidados, ganarse su voluntad y buena opinion, á fin de ir estendiendo en cada dia sus relaciones, y acumular las invitaciones en cada hora de su carrera.

Es preciso que el *lame-platos* no tenga un amor propio impertinente, y que vaya á persuadirse, como algunos entes insignificantes se han creído, que la sociedad les ha señalado sitios honoríficos por su mérito, que se le invita por ser un hombre célebre en las armas, en las letras ó bellas artes, un estadista hábil, un político distinguido, favorecido por el aura popular. La causa de los obsequios que recibe dimana de circunstancias menos importantes, pero que no son tan frágiles, porque nada fastidia mas pronto que los poetas mediocres y presumidos, los músicos de *nuestra escuela*, los artistas de caricatura, ni hay quien subleve mas pronto, y quizás mas merecidamente, el desprecio y la risa, que nuestros estadistas y políticos.

Los derechos del *lame-platos* están mejor y mas firmemente establecidos. Por calidades mas útiles, al menos en la hora de comer y de beber, que siempre es hora de placer y buen humor, aun para esa turba de galeotes, que mantienen encadenados todos los pueblos del mundo, no siempre con evidente justicia; por razones mas sólidas, y por intereses mas durables, se le presentan la sopa mas sabrosa y el oporto mas exquisito.

¿Y cómo no?... si él no se turba, ni descuida en el desempeño de su papel, como exige un purista español que existe entre nosotros y persigue encarnizadamente nuestros galicismos, aun en medio del mayor bullicio de las voces de los convidados, del ruido de los platos y cubiertos y del choque de las botellas y de los vasos. El calor de la conversacion, el tumulto de las bromas discretas ó groseras, que vuelan y se cruzan por encima de su cabeza; la viveza de las discusiones importantes y aun la pasion de

los reproches y el entusiasmo de los aplausos, todo eso asegura mejor su sangre fria y le conserva toda la libertad de su razon, auxiliada por su esperiencia.

¿Cómo no?... si en medio del estasis de su paladar, y de la satisfaccion de su estómago, no olvida á nadie, apresurándose á servir á una jóven coqueta que le sonríe, como un demonio mofador, una ála de pollo; despues á una anciana pretensiosa un curtido, que atrae todas sus miradas; despues á un poeta relamido, abrumado de plajios, huevos quimbos; una botella de cerveza á un inglés insaciable y una botella de madera á uno de esos que mantienen en el seno de nuestra sociedad el residuo glorioso de los subalternos de San Martín, de Belgrano, de Ramirez, de Artigas y del gran patriarca Rivera.

¿Cómo no?... si despues de haber complacido á todos y todas, tiene todavia la bondad de sonreír amablemente á sus compañeros, y con mayor razon, á sus compañeras de festin, y beber á la salud de ellos y de ellas individualmente.

De esta manera, un *lame-platos* distinguido, por la habilidad con que desempeña su rol, por su esmerada educacion y sus graciosas maneras, es un personaje mas importante en una mesa de medio dia, que el gefe de partido mas *conspicuo*, adjetivo aristocrático, de que usaba frecuentemente el difunto D. José Luis Bustamante, en sus discursos de tejido y de tono académico.

H. L. A.

(Continuará).

Los yankees del Rio de la Plata.

Poco tiempo há á que se hicieron dos traducciones en esta ciudad y á que se leyó con general aplauso el libro de M. Laboulaye: *Paris en América*. El contraste que en ese escrito resalta de las costumbres públicas de la Francia, comparadas con las de los Estados Unidos, y la superioridad que se complace el autor en atribuir á este último pais, donde el gobierno del pueblo por sí mismo se ha practicado desde su origen hasta nuestros dias, de una manera tan diversa á la de las sociedades del continente europeo; en las que el Estado aparece á menudo como tutor y guardian de las libertades públicas, eran á propósito para halagar nuestro amor propio; puesto que la sociedad norte-americana es, segun todo el mundo lo afirma, el modelo de las repúblicas de esta parte del nuevo mundo.

Si no fuera, sin embargo, la propension natural en el hombre de descubrir solo el defecto del ojo ajeno, habríamos podido sorprendernos riendo, al leer á M. Laboulaye, de nuestros propios vicios; pues es indudable que apesar de la identidad de las instituciones, es mayor la distancia que separa de aquel modelo á los hijos del Rio de la Plata que á los que han nacido en las orillas del Sena. La patria de Lafayette y de Toqueville no negó á la independencia y la libertad de los Estados Unidos ni la sangre de sus hijos, ni los tesoros de su ciencia, fecundada, hoy mas que nunca talvez, por las corrientes de las fuentes americanas.

Juzgamos por lo mismo que no seria pequeño el servicio que nos prestara el escritor de bastante ingenio para criticar por medio de la comparacion y el contraste

nuestras costumbres; y que daríamos mucho que reír á los franceses enviándoles, en cambio de *Paris en América*, un libro titulado: *Buenos Aires en Nueva York*.

Incapaces nosotros de semejante tarea, la recomendamos á los que el cielo ha favorecido con las dotes precisas, para embellecer con los atractivos de una redaccion literaria la censura de nuestras propias miserias; que probablemente no conoceremos jamas, si un Pardo, tan hábil y mas constante que el peruano, no nos pone delante de la vista el *Espejo de nuestra tierra*.

Nos chocan sin embargo de tal manera las cosas, que estamos presenciando todos los dias, en los que no cesan un instante de ponderarnos las libertades de que gozan los americanos del Norte, que nos sentimos hoy movidos y nos creemos autorizados para examinar los titulos de estos *Yankees* del Rio de la Plata, que á juicio nuestro son muy poco parecidos á aquellos de que se dicen imitadores.

El viejo error de estas repúblicas ha consistido en creer que la organizacion social y política de un pais, era cuestion de modas; y que bastaba un cuarto de hora y un escribiente para civilizarlo y hacerlo libre; puesto que eso basta para copiar una Constitucion ó traducirla del inglés á otro idioma. Asi oímos á toda hora hablar á nuestros liberales con profundo desprecio de la Francia, la Alemania, la Holanda, la España, la Bélgica, la Suiza; como piensan que refutan del modo mas victorioso el mas incontestable argumento, desde que han dicho: *eso no se hace así en los Estados Unidos!* No creemos con todo que practicamos nosotros mejor que esas naciones, por ser republicanos, las grandes libertades políticas: la prensa, el sufragio popular, la fiscalizacion legislativa; ni que las libertades civiles tengan aqui mayores ni mas sólidas garantías que en aquellas viejas sociedades europeas. Y el mismo M. Laboulaye, escritor tan popular hoy entre nosotros, nos diria, que si la revolucion nos ha conquistado muchos derechos, no debemos contar entre ellos el derecho del desprecio; y que en vez de elojiar tanto á los Estados Unidos, haríamos bien, admirándolos ménos, de imitarlos mejor.

Ese escritor, hablando de la loca mania de suponer libre á un pais, porque ha copiado una buena constitucion, ha escrito de nosotros estas palabras demasiado severas: «Las colonias españolas han tomado á los Estados Unidos su constitucion: es la túnica de Neso que las devora y las mata.» Si algo devora á estas repúblicas de origen español, no son sus instituciones inocentes de las faltas de los hombres. Si no hemos sabido, por ejemplo, dar vida regular y honesta ni á la institucion municipal en esta ciudad, ¿el vicio está solo acaso en la ley? Si somos testigos de la impudencia con que tantos errores se enseñan, y de la impunidad alcanzada por tantos crímenes, no hay que reformar para aplicar el remedio, las leyes, sino á los hombres, cuyas malas costumbres los alejan de la intelijencia y la práctica de las libres instituciones.

M. Guizot ha escrito últimamente estas notables palabras: «No basta establecer en un pais elecciones, cámaras y el gobierno parlamentario para librarlo de todos sus males, dotarlo de todos los bienes que se le

anuncian, y sustraerlo á las funestas consecuencias de todas las faltas que se cometen. Son mas complicadas las condiciones del buen gobierno de los pueblos; no se dá satisfaccion á todos los intereses, ni garantia á todos los derechos, poniendo una constitucion en el lugar ocupado antes por un antiguo poder, y puede haberse instituido en Turin un parlamento italiano sin haber fundado en Italia la libertad.»

Y si M. Guizot, el escritor que ha trazado el mas bello panegírico que se conozca del mas grande hombre de los Estados Unidos, es sospechoso por ser fraacés; lo mismo que él dirá Channing en nuestros dias, y en tiempos anteriores igual cosa han afirmado los fundadores todos de la sociedad norteamericana.

No lo entendemos nosotros así. Nuestra escuela es mas antigua de lo que pensamos, es la de la revolucion francesa del siglo pasado; es la de los que reclaman todo derecho antes de conocer sus deberes, de los que no admiten que ninguna regla pueda limitar la libertad del hombre, ningun freno contener sus pasiones. La libertad de decirlo y de hacerlo todo puede convenir á sociedades donde las creencias y las costumbres son tales, que hay palabras que nadie pronuncia y actos que nadie ejecuta. Como tales sociedades no existen, toda libertad ilimitada es en realidad una tiranía.

Divorciada entre nosotros desde el origen de nuestra existencia política la religion de la libertad, las libertades concedidas al ciudadano mas bien que garantias de sus derechos han sido instrumentos de sus pasiones; y ha faltado así á la vez la represion interna de la ley moral en la conciencia, y la represion exterior de la ley humana fuera de ella; pues jamás han permitido las ideas dominantes practicar una politica conservadora, como fué la de Washington y es la de todo pais realmente civilizado. El desorden producido en los espíritus por la ausencia del principio moral, enjendraba, como inevitable consecuencia, el de las calles; pues como ha dicho con razon un distinguido escritor, «una anarquía no marcha jamás sin la otra, y querer proteger la sociedad contra los facciosos sin proteger la religion contra los impíos, es querer lo que es imposible aun al que todo lo puede, pues es querer lo absurdo.»

Los *yankees* verdaderos vieron siempre en la religion la base indispensable de la libertad, mientras que sus pretendidos imitadores por el contrario la han mirado constantemente como el obstáculo á toda luz, á toda libertad, á toda mejora. Si fuera esto cierto, estos paises de la América meridional debieran ser hoy los mas libres, los mas adelantados del glóbo; pues en ningun otro se ha arruinado mas completamente eso que se consideraba el obstáculo; y sería ya tiempo, nos parece, de buscar la causa de nuestros males en otra parte que en los frailes y el fanatismo, puesto que la iglesia ha quedado tan postrada y tan abatidas las creencias entre nosotros.

Pero la iglesia es obstáculo para el progreso, como lo son los médicos para la curacion del enfermo; y tan insensatos son los que hacen la guerra á la religion, cuando la anarquía y la corrupcion destrazan á una sociedad; como lo han sido los que en me-

dio de las epidemias querian quemar las boticas y matar á los únicos capaces de contener sus estragos.

Los americanos del Norte, decíamos poco há, dan nueva expansion á sus sentimientos cristianos, cuando alguna calamidad los aflige, y han presentado al mundo virtudes dignas de admiracion en la guerra que tantos sacrificios les cuesta. Si nuestra prensa ha hecho conocer los muy meritorios esfuerzos consagrados al alivio de los enfermos y los heridos de los ejércitos en campaña, no ha mostrado bastante todo lo que en el orden puramente moral se hacia, no solo en obsequio de los soldados, sino en señal de humilde y piadosa sumision al Dios de los ejércitos, dispensador de las victorias. En mil documentos oficiales se nota el lenguaje de una fé no menos ilustrada, que edificante; y es conocida la uncion cristiana de las palabras pronunciadas en las horas angustiosas del conflicto por el desgraciado presidente Lincoln. Tanto él, como el jefe de los Estados del Sud, han decretado en los momentos mas criticos dias solemnes de ayuno, de oracion y de penitencia, y han usado términos de tal misticismo al prescribir esas demostraciones públicas de dolor por las ofensas hechas al Supremo Juez, que habrian escitado la risa de los *yankees* de estas rejiones.

Lejos de perseguir á los católicos, ni de dar la menor muestra de intolerancia en tales circunstancias, es sabido que los misioneros y las Hermanas de Caridad han sido muy respetadas y colmadas de atenciones en los ejércitos; y contienen las noticias mas interesantes las relaciones que á este respecto se han publicado en la prensa europea.

El mismo presidente Lincoln invitó á los jesuitas á prestar sus servicios, como capellanes, en las rejimientos; esos jesuitas, que en todo tiempo, desde los de la colonia en que desplegaban en medio de los salvajes el heroismo que en todas partes los ha distinguido, hasta la época de la independencia en que un miembro de esa congregacion fué nombrado el primer obispo de la América del Norte por recomendacion de su amigo Franklin, se han granjeado jeneral aprecio en ese pais, donde dirijen hoy florecientes colejos.

Mucho tenemos que decir á este respecto, y muchos testimonios que invocar en su favor, desde los dias de la fundacion de las colonias inglesas, hasta los nuestros en que Bancroft y Prescott les han rendido el tributo de justicia á que son acreedores. Lo que únicamente recordaremos ahora, es que mientras la prensa de las dos riberas del Plata negaba á esos religiosos á principios de este año el derecho de respirar el aire en estas comarcas, que un día ilustraron con sus virtudes; mientras los *yankees* aquí sostenian que puede haber masones, pero no jesuitas en una república, ¡singulares republicanos! los *yankees* del Norte les decretaban en Nueva York una subvencion, dada por la municipalidad de aquella ciudad, para ayudar al sostenimiento de uno de sus colejos; y poco antes tenia lugar una gran fiesta oficial y diplomática en Washington en honra de los mismos padres, puesto que se trataba de asistir á la instalacion de una nueva escuela presidida por ellos.

Mientras los prelados de nuestra iglesia son frecuentemente tratados de la manera que todos sabemos, moria en Nueva York el arzobispo católico de aquella diócesis, y se tributaban á sus restos mortales universales homenajes de respetuoso dolor por los hombres de todas las creencias. Uno de los diarios de esa ciudad, protestante, decia que apesar del frio intenso de la estación, doscientas mil personas habian visitado la catedral en que estaba el cuerpo del prelado difunto, y todos los empleados grandes y pequeños, estaban presentes á los funerales: «Si la religion de esta ciudad, dice además el mismo diario, es católica romana, son el talento y la enérjia del arzobispo Hughes quienes lo han hecho así.»

Y para que se sepa hasta qué punto ha crecido en los Estados Unidos la religion católica, que es por tantos tenida como un estorbo á nuestros progresos, nos bastará decir que cuando se presentó muy jóven en 1817 el señor Hughes en Nueva York, no habia en toda la diócesis mas que tres iglesias, cuatro sacerdotes y diez mil fieles; y en 1861 la misma diócesis contaba sesenta iglesias, treinta y nueve capillas, ciento treinta sacerdotes y una poblacion católica de mas de trescientas cincuenta mil almas.

De igual modo tuvo lugar poco há en la ciudad de Lóndres una demostracion de simpatia á la que concurrieron, mas de cien mil de sus habitantes, cuando se conducian á su última morada los restos de otro arzobispo, los del cardenal Wiseman. Despues de los funerales de Wellington no habian presenciado las calles de Lóndres una manifestacion semejante. ¿Será acaso que los protestantes tienen mejor idea de nuestra religion que nosotros mismos, y que para ellos catolicismo y tinieblas no son sinónimos?

¿Esa hostilidad incesante que hace la prensa del Plata, por la voz de sus corresponsales europeos á todo lo que los católicos están obligados á venerar, y en la que toman parte frecuentemente sus redactores principales, por lo menos en la Oriental, ha disminuido acaso en la presente guerra?

De ninguna manera: los *yankees* norteamericanos tendrán pecados de que pedir públicamente perdon á Dios, nosotros no poseemos sino virtudes; y lejos de escudriñar nuestra conciencia por si algo impuro ha depositado en ellas el vicio, las conciencias que tenemos que examinar, como de jente sospechosa, son las de las Hermanas de Caridad, ante las que descubren é inclinan la frente los protestantes, los turcos y hasta los bárbaros!

Mas de un atentado horrible contra la moral pública habrian tenido que señalar á la indignacion general los diarios de estas repúblicas. En los de ámbas solo se han visto ultrajes tales contra esas santas mujeres, que no osamos repetirlos nosotros. En Montevideo principalmente, segun se nos asegura, uno de sus diarios ha abierto su campaña contra ellas; las hace victimas diariamente del heroismo de sus calumnias, sin duda con el propósito de verlas arrojadas de aquel Estado, mientras las tropas aliadas se ocupan de libertar al Paraguay, y para dar muestra de la civilizacion que vamos á introducir en la república regenerada por nuestras armas. Con la mira tambien de

que vuelvan los hospitales á ser manejados por esos caballeros capaces de practicar sus industrias en todo tiempo y en todo lugar. Haced todo eso en hora buena; pero por Dios no nos habéis de libertad, ni de luces, ni de los Estados Unidos, no profaneis con vuestros labios esas palabras; no cubrais con el manto de la civilización tan repugnante barbarie.

Para consolarnos de tan escandalosos ultrajes, citemos aquí uno de los mil hechos que pintan en la gratitud del soldado el mejor elogio de la Hermana de Caridad. De una correspondencia de Boston del 20 de Julio de 1863, traducimos estas palabras:

«Las Hermanas de Caridad se muestran aquí como son en todas partes. No puede vd. imaginarse de qué veneración son objeto.... En un cabo de la bahía de Chesapeake, está situado un hospital, que contiene siempre un gran número de soldados enfermos ó heridos.... Hace algunos meses á que una tropa numerosa de soldados convalecientes dejaban el hospital para volver á sus rejimientos, protestantes en su mayor parte. Cuando el vapor que los conducía pasó delante del hospital, todos ellos saludaron á las Hermanas con entusiasmo por medio de *hurrahs* que repitieron hasta nueve veces.»

¿En los gobiernos, por lo menos se advierten algunos síntomas de tendencias mas elevadas en las difíciles circunstancias actuales? No, por desgracia. El de Montevideo ha creído deber hacer algo en obsequio de la libertad de la industria; y ha dado á este respecto á los anglo-sajones de los dos mundos una lección, que no creemos se apresuren ellos á recibir. Se ha declarado por un decreto que la observancia del domingo, prescripta por las leyes divinas á toda sociedad cristiana, es contraria á la libertad de la industria, y que por lo tanto todo el que quiera puede abrir en los días de fiesta sus tiendas y pulperías!

Aquí sería donde el Lefebvre porteño, que visitara Nueva York, proclamaría en voz alta locos muy rematados á los habitantes de esa ciudad, que no bailan, ni van al teatro, ni á los museos, ni tienen abiertos sus correos, ni viajan en los ferro-carriles en los días de fiesta. Mientras los *yankees* de Montevideo corrijen así el Evangelio, y enmiendan la plana á los ingleses y norteamericanos, que algo entendidos son en materia de libertad y de industria; los *yankees* de Buenos Aires pueden tener la satisfacción de asistir á los remates públicos que tienen lugar todos los domingos entre nosotros, en los que se venden algunos terrenos ó animales de raza pura. Parecíanos que la ley religiosa llamaba sin embargo en tales días á otro terreno á los cristianos, y los convidaba á fijar su vista y los afectos del alma en cosa mas noble que los carneros; pero los *yankees* del Plata lo han dispuesto de otra manera.

Si entre ellos se presentara un día el general Mac-Clellan, traído por uno de los vapores que deben comunicar directamente á Buenos Aires con Nueva York, tendria que ruborizarse por sus escrúpulos de beato supersticioso. ¿No le ocurrió á él, como á muchos, que las batallas de Bull-Run, Big-Bethel y Ball's-Bluff se habian perdido por los del norte por haber sido dadas en día domingo, de cuyas resultas prohibió por una orden

del día que se atacase al enemigo en ese día, destinado por los cristianos á la oración y al pensamiento de la otra vida?

¿Y qué acogida haríamos al jeneral Rosenzanz, que al dar el parte de la batalla de Murfreesborough, anunciaba la muerte de un brillante coronel, y escribía en una carta las siguientes palabras: «El coronel Gausehé murió á mi lado. Una bala de cañón pasó inmediatamente detrás de mí y le llevó la cabeza. Ambos habíamos recibido los sacramentos por la mañana. Poco antes de su muerte, me pidió permiso para retirarse por un momento de la eminencia en que estaban establecidos nuestros cuarteles. Sospecho ahora que se alejaba á fin de ir á ofrecer su vida á Dios por nuestro triunfo en una rápida y ferviente oración. Espero que ha ido derecho al cielo, nuestra bienaventurada patria.»

Si tuviéramos espacio para examinar en el artículo de un periódico una por una todas las libertades, destinadas á alimentar la actividad del hombre civilizado, y dar al individuo y á la sociedad los medios necesarios para realizar los fines para que el uno y la otra son creados, la comparación no nos seria ciertamente muy favorable: y fuerza nos seria confesar que no es pequeña la dosis de hipocresía hermanada entre nosotros con mucho atraso.

Decantar tanto nuestra libertad, cuando la mas sagrada de todas está, como muchos lo entienden, aunque á nuestro juicio la Constitución disponga lo contrario, cuando la libertad religiosa, «enlazada con las entrañas mismas del hombre.» segun la expresión de un obispo francés, «el principio de todas las otras y su último asilo en el día en que están ellas amenazadas;» cuando la libertad religiosa está rejida hoy todavía en esta república por las leyes de Indias, ¿no es un sarcasmo?

La libertad religiosa no es otra cosa, segun la expresión de Julio Simon, y como todo hombre realmente liberal lo comprende en el día, que «el derecho para la Iglesia de gobernarse y administrarse, segun sus propios principios.» ¿A qué queda reducida en un país donde los obispos no pueden comunicarse libremente con los fieles, donde no pueden nombrar un cura, ni un capellan, ni un profesor de seminario sin permiso del amo de los tiempos coloniales, del Estado de nuestros días? ¿Dónde nada de eso puede hacer el prelado por si solo, y dónde el Estado no necesita del obispo para crear una nueva parroquia?

¿Qué es la prensa en países donde los defensores de los principios que han prevalecido en los Estados Unidos, celebran sus victorias empastelando una imprenta y suprimiendo una libertad? ¿Qué es la libertad electoral donde las piedras, los puñales y los revolvers son instrumentos precisos para la elección del miembro del municipio ó de las cámaras legislativas? No hablamos del vicio de que adolecen otras instituciones, porque no es este el lugar en que nos toca cumplir tal deber; pero pensamos que si abusamos de nuestras libertades, si el pueblo no está seriamente protegido en sus intereses mas graves y permanentes, no son los frailes ni las Hermanas de Caridad los culpables; y que es locura acusar, á los que están destinados á recordarnos los preceptos religiosos, y dar-

nos ejemplo de las virtudes que ellos inspiran, de los males que aquejan y desacreditan á estas repúblicas.

Rehabilitar las creencias, formar un clero nacional ilustrado y puro con el dinero que en tantas otras cosas se ha malgastado, educar religiosamente al pueblo, hacer de la prensa un foco de moralización y cultura, llamar á los puestos públicos y á la representación de los intereses jenerales á los ciudadanos mas dignos y mas capaces, iniciar por fin activamente y sostener por medio de todas las fuerzas sociales una reacción moral, que acabe con el espíritu revolucionario, con las preocupaciones añejas del fanatismo irreligioso, el único que mata entre nosotros todo bien y todo progreso; esa es la obra que los americanos de estos países debemos acometer, si queremos imitar realmente al gran pueblo, cuyo nombre pronunciamos tan á menudo, sin penetrarnos del verdadero espíritu de sus instituciones, ni de lo que constituye el valor real de ellas.

«Nuestro gran error como pueblo, podemos decir nosotros con mas fundamento que Channing, es que concedemos una confianza idólatra á nuestras instituciones libres como si por alguna virtud mágica ellas pudieran asegurar nuestro derechos, cuando nos hacemos nosotros mismos esclavos de las malas pasiones.... *Las formas de la libertad no constituyen su esencia.*»

«Por lo que hace á este país, ha dicho de los Estados Unidos el mismo autor, puede proclamarlo con entera confianza, *su felicidad se funda en su virtud.*»

Y hablando de nosotros mismos, el *Morning Express* de Nueva York, emitia en 1858 la siguiente opinion, que es el resumen de las contenidas en este artículo: «Si tienen solamente la cordura de imitar nuestras virtudes, y evitar los vicios que la licencia, bajo la capa de la libertad, es muy susceptible de enjendrar, sin duda alguna antes de muchos años los futuros «Estados Unidos del Plata,» serán una grande, ilustrada y poderosa nacion, inferior tan solamente á los Estados Unidos de América.»

Tengamos, pues, esa cordura; imitemos esas virtudes; y como las virtudes no se adquieren en la escuela de la incredulidad ni de un irreligioso racionalismo, seamos creyentes como esos *yankees* si queremos ser *yankees* verdaderos.

Tengamos sobre todo el valor suficiente para ver las cosas como ellas son, y para decir la verdad. Estamos habituados á in-censarnos, á admirarnos perpétuamente. Nuevos Narcisos, nos creemos tanto mas hermosos, cuanto mas han enturbiado las aguas del rio en que nos miramos, las tempestades levantadas por los vientos que hemos sembrado. No se remedia el mal, que no se conoce y que no se muestra. «Es preciso ante todo, dice J. Simon, conocer la enfermedad; es ese el principio de toda reforma.... Es un singular patriotismo el que consiste en ocultar el mal. El verdadero patriotismo consiste por el contrario en mostrar el mal tal cual es, sin exageración, pero sin flaqueza; y despues de haberlo mostrado, procurar combatirlo con los adversarios, como con los amigos.»

Nuestro liberalismo es un liberalismo enfermo, atrasado; no es el que ha engrandecido á los Estados Unidos, no es el de Frau-

klin ni el de Lincoln. Todo liberalismo irreligioso arrastra á los pueblos á los abismos sin fondo de la anarquía demagógica ó de la servidumbre. Los católicos, lejos de ser un lunar en los Estados Unidos, tienen conciencia de sus deberes, y en la senda de las virtudes no marchan detrás de nadie. Imitémoslos, pues; y si deseamos que inspiren respeto, y no otro sentimiento menos honroso, los *Yankees* del Rio de la Plata, no insistamos en la empresa tan absurda como imposible de construir la obra de Washington con las doctrinas de Mazzini.

Félix Frias.

Buenos Aires, Setiembre 24.

El suicida.

Bajo el título con que encabezamos estas líneas publicamos no hace mucho un artículo, con motivo de la muerte de un desgraciado.

En él tratábamos de conmover, y causamos risa.

Pretendíamos ser sentimentales, y fuimos chistosos.

Este resultado no nos estraña.

¿Cómo hubieramos podido conmover, si nos ocupábamos de un miserable?

Si el suicida de que tratábamos en la tarde antes de su muerte, hubiera hecho rodar por las calles de Montevideo las ruedas de un carruaje, ó si la sangre que brotó de la herida que le arrebató la existencia, hubiera manchado los pliegues de una camisa de batista ó hubiera empapado un cabello sedoso y perfumado, hubieramos tenido derecho á pedir una lágrima sobre su tumba.

Pero para un desconocido! Para un hombre que no habia hecho resonar, bajo sus pisadas, los tablados de los salones; ¿cómo pedir una lágrima?

¿Acaso la sociedad tiene que llorar por cada uno de sus miembros que sucumbe, aunque ella misma haya causado su muerte?

¿Qué, los hombres, no tienen bastante con sus propios pesares, para ocuparse de los pesares de los demás?

¿Acaso, á nosotros, los que cruzamos triunfalmente la vida, los que vemos el mundo á través del prisma de la riqueza y de la posición, puede importarnos, el que la rueda del destino aplaste en su pasada á un proletario?

¿Tendremos que ir á buscar á todos los desgraciados para prestarles un consuelo? ¿Acaso somos los médicos del alma?

Demasiado hacemos con no ahogar en su garganta sus importunas quejas, que vienen continuamente á interrumpir el banquete de nuestra felicidad.

Que en el momento en que una peste viene á asolar un pueblo, en que el cólera terrible, diezma todas las escalas de la sociedad, se tomen todas las medidas posibles para detenerlo, para evitar el contagio, para tratar de salvarnos de su garra, es natural.

Las enfermedades físicas golpean con igual mano, en el magnífico pórtico de los palacios y en la miserable puerta de las chozas.

Pero, que al observar la estadística de los suicidios encontremos que su número es terrible y que ese cólera moral, se hace cada vez mas contagioso y tratemos de buscar

los medios de detenerlo, y de observar cuales son los gases que inficionan el aire que respira el alma, ¿para qué?

Las enfermedades morales, que producen el suicidio, llaman rara vez á la puerta de los poderosos de la tierra!

Si hay un desgraciado á quien roen lentamente el desengaño, la miseria, el abandono del mundo, y cuya vida se hace insostenible, ¿que se muera!

¡El mundo solo necesita de los dichosos!

Ademas, ¿qué es el suicidio, sinó la enagenación mental?

¿Y tendremos que compadecernos por aquellos que mueren locos?

Hay un hombre, que durante largo tiempo pesa friamente en la balanza de su pensamiento, los pesares que lo agobian, y las fuerzas con que cuenta para resistirlos; que durante largos años, arrastra con valor la cadena de sus martirios, hasta que llega un momento en que esclama desfalleciente: «No puedo,» y que en su último instante escribe su postrera despedida al mundo, despedida llena de unción y de sentimiento, en la que no se encuentra una sola palabra que pueda revelarnos la locura, y en la que la mirada del alma, descubre toda la heroica resignación del mártir, las sublimes esperanzas de la otra vida y el noble desprendimiento del que toma para sí todas las amarguras, dejando para aquellos á quienes ama, todas las alegrías.

¡No importa! ese hombre es un loco.

¿Y aunque no lo fuera, qué tenemos que ver nosotros con los que sufren?

¿No damos nuestra parte de contribución para mantener los hospitales?

¿O tendremos que dar una parte de nuestros sentimientos, ademas de nuestra parte de riqueza?

¡Para qué! Con la riqueza se compra todo.

En Paris hay hombres que se alquilan para llorar en los entierros!

Consolar al triste, es un precepto sublime, pero que sobrepuja las fuerzas de la vulgaridad. Debe dejarse á los redentores. No todos somos Cristo.

La sociedad no llora nunca. Sus pesares están en el vestido. Cuando sufre se pone luto.

¿Por qué lloraria entonces por los suicidas?

Y ademas, los suicidas por amor, han pasado de moda.

Un hombre que se mata por una muger y que se mata sencillamente, sin hacer ostentación, sin aparato, es ridículo!

Aun para suicidarse, es necesario hacerlo ostentosamente. La modestia es la ridiculez bajo otro nombre.

Por último, ¿para qué tratar de detener los suicidios, y de compadecer á los que mueren?

¡El pesar de los desgraciados sirve en el mundo, para hacer mas notable la felicidad de los dichosos!

Un hombre que se suicida, es un nuevo punto de comparación que se presenta.

Afortunadamente los puntos de comparación no faltan. Los que somos dichosos, debemos felicitarnos.

Ademas, cuando hay tantos hombres en el mundo, ¿qué importa que uno se mate!

Proudhon lo ha dicho: «Entre ese infui-

to que se llama el pasado y ese infinito que se llama el porvenir, ¿qué es ese átomo que se llama el individuo?»

Cuando poblaciones enteras nacen y mueren en cada minuto, ¿qué es un hombre que desaparece?

Espronceda tenia razon:

Que haya un cadáver mas, ¿qué importa al mundo!

Quasimodo.

A mi esposa Nicanora.

La ronea tempestad mugiente avanza,
Como el leon al divisar su presa;
El gran fanal donde se agita el mundo
Cubriendo con sus sombras agoreras.

El viento entre los árboles cruzando,
Con el primer empuje del atleta,
Sordo rumor produce quejumbroso
Que á un tiempo, la ira y el dolor remedan.

Relincha el potro y bala el corderillo,
Ahuya el mastin, y en la tupida selva
El ave, entre las hojas plañidoras,
Exhala triste y temerosa queja.

De roja lumbre el Eter se ilumina
Y súbita, flamífera centella
Troncha el robusto roble, y como sierpe,
Los ámbitos recorre de la tierra.

Sigue el silencio de la tumba, y luego
En torrentes el agua se destrenza,
Al rasgarse las nubes tenebrosas
Que en compactas falanges se atropellan.

Ni el laud, ni el acento melodioso
Con que entona el amante sus endechas;
Solo, de vez en cuando, del soldado
El monótono grito del ¡Alerta!

Todo, todo enredor un cementerio
De colosales formas asemeja,
Sin mas luz que la luz de los relámpagos
Ni mas voz que la voz de la tormenta.

Mas ¿qué me importa á mí, si tú en el alma
Alumbra con la luz de las estrellas,
Y el pensamiento audaz forja á mi oído
La nota de tu voz pura y serena!

¿Qué me importa que al horrible estallido
Del rayo, tiemble la servil materia,
Si tú, dentro de mí, con la esperanza
De dicha el corazón y calma llenas!

¡Oh, cuán bella, mi cielo, me parece,
Verte surgir entre la bruma espesa,
Cual arco-iris de amor y de bonanza,
Cual ángel tutelar de mi existencia!

Ruja el airado cierzo y truene el rayo,
Y mate y pulverice en su carrera;
Que azorado relinche el potro altivo
Y bale de terror la mansa oveja.

Y entre fuego y horrores, negro espanto,
Indecible pesar y sombra densa,
Gima la humanidad y la natura
Yazga en su manto de dolor envuelta!

Tú, el arca do guarda mi esperanza
Cuanto concibe el pensamiento y crea,
Tú, mi bien, solo tú mi mente agitas,
Tú, solo tú mi corazón alteras.

Y cual la estrella que al marino indica
El puerto salvador, la ruta cierta;
Así tú vés en mi alma iluminando
De mi existencia la escabrosa bella!

Tomás Gutierrez.

Campamento en Gualaguaysito, Setiembre 11 de 1865.

A la patria.

Alas! poor country
Almost afraid to know itself—it cannot
Be called our mother but our grave.
SHAKESPEARE.

Patria! madre viuda
Que consternada y muda
Ni osas llorar tus penas y quejarte;
Patria! que en vez de madre, tumba nuestra
Debiéramos llamarle!

Ya en tí no se divisa
La flor de una sonrisa....
O es de extranjera tierra el sonreído.
Clamores de dolor rasgan al viento
Y no hallan un oído.

¿Al fin la servidumbre
Será en tí una costumbre?
No hay mal que apiade, no hay maldad que asombre.
Si acaso oyen doblar por el que ha muerto,
Ni preguntan su nombre!

¡Ay! tus hijos mejores
Cayeron, con las flores
De la primer guirnalda que les diste;
Y en flor de juventud y de ternura
Bajo la hoz los viste.

La virgen desolada,
Viuda antes de casada,
Fué á orar por él y desahogar su duelo.
No encontró el templo.... ¡oh Dios!.... ¿Para nosotros
No hay ni Dios en el cielo?

.....
Madre! al verte me ciega
El llanto que me anega,
Y acierto á sollozar mas no á cantarte;
Que en vez de nuestra madre, tumba nuestra
Debiéramos llamarle.

R. de P.

Ilusiones.

A C....

Vuelve á mí tus bellos ojos,
Niña; esos ojos que matan,
Esos ojos que retratan
Tu pureza y tu candor;
¡Benditos sean, gacela!
Clava en mí, yo te lo ruego,
Una mirada de fuego,
Una mirada de amor.

Si al espacio algún suspiro,
Con blando aliento escapas,
Y del céfiro en las alas
Llega hasta mi su rumor;
Yo que aspiro á dulces dichas,
Yo que de amor estoy ciego,
Pido un suspiro de fuego,
Pido un suspiro de amor.

Si en mí piensas, niña hermosa,
De encantadora pupila,
Si piensas en quien vacila
Entre esperanza y temor;
Brinda al alma que embelesas,
Brinda á una alma sin sosiego,
Un pensamiento de fuego,
Un pensamiento de amor.

Son tus labios purpurinos
Flor de suma gentileza,
Que en ellos naturaleza
Crió su mas dulce flor;
Abrelos, gacela mía,
Y dime, si á ellos llego,
Una palabra de fuego,
Una palabra de amor.

Tuyo, tuyo he de ser siempre,
Azucena delicada,
Que en tí el alma enagenada
Vé un divino resplandor;
Yá solo al celeste arrullo
De la esperanza me entrego:
Dáme una vida de fuego,
Dáme una vida de amor.

Si por gran ventura suya
Mil corazones tuviera,
Mil corazones te diera
Este, tu ardiente amador.
¡Mirame á tus piés, hermosa!
Deja que en tu mano, ciego,
Imprima un beso de fuego,
Un beso de puro amor.

J. C. C. de S.

Buenos Aires, Setiembre de 1865.

Luis Camoens

BOSQUEJO HISTÓRICO—BIOGRÁFICO

III.

No sería transcurrida una hora al hecho que acabamos de relatar, cuando el negro Pedro salía de la casa de Gil Perez, todo jovial y contento.

Estando ya en la calle y despues de haber escuchado cerrar la puerta á sus espaldas, se detuvo y volviendo todavia una vez la mirada hácia aquel hospitalario hogar, levantó las manos al cielo, murmurando:

—¡Dios, os bendiga; sí, El os bendiga mil veces, ¡oh, generoso Gil Perez! Por fin nuestras miserias se han concluido una vez por siempre, amen.

Y prosiguiendo su camino, continuó diciendo:

—¿Quién hubiera nunca creído que viviera en el mundo un hombre tan benéfico? ¡Oh! mi pobre amo, se pondrá muy contento; verdaderamente contento; él, no descaha otra cosa que pasar la vida honradamente, y Gil Perez, se propone nada menos que hacernosla pasar á lo caballero. ¡Dios, os bendiga, noble y generoso Gil Perez!

Terminado que hubo este monólogo, apresuró el paso lanzándose alegremente por la calle mayor, entonando á *tutta voce* una antigua canción.

Con frecuencia al oscurecer del día, él solía acurrucarse en los ángulos mas frecuentados de las plazas de Lisboa, en donde con sus canciones reunía gente curiosa á quienes mendigaba alguna moneda; Camoens, pues, vivía hacia ya algunos meses con aquello poco que el negro Pedro, á noche avanzada traía á casa debido á la caridad pública.....

Esta noche, pero, tal vez mas satisfecho que en las anteriores, él cantaba con toda la fuerza de sus pulmones, y por un extraordinario impulso de alegre satisfacción, haciendo resonar las desiértas calles con una bien entonada voz de tenor, cantando una canción cuya letra decía:

Golondrinilla el vuelo remonta,
Yá el céfiro al rededor aletea;
La gentil aldeanita
Guía á los pastos á la grey
Y los pájaros con su canto
Saludan al nuevo Mayo.
De la egipcia extraña ribera
Tiende el vuelo, ¡oh golondrinilla!
Cual un huésped deseado
Portador de fausta nueva,
Bajo la humilde casa
Alegre cada cual te espera.

—Y sin embargo, á pesar de que me ha venido de buena á primera sobre los labios la canción de la golondrina y de la primavera, ¡por mi alma que hace un frío que hiela, y cae una lloviznita que sopla! Pero, ¡qué importa! Cuando un hombre ha comido bien, deja que el aquilon sople cómo y mejor le plazca. El invierno, no hay duda que es el sepulturero de los pobres diablos; en cuanto á los señores, estos ni siquiera notan las variaciones de las estaciones.

Y suspendiendo sus reflexiones, emprendía nuevamente su interrumpido canto:

Aquí no temas los lazos ocultos,
Ni el fragor de muchas gentes,
Cual en los techos ruidosos
Dó se albergan los potentes:
Tus partos son seguros
Bajo los rústicos muros.

Cual, partiendo al largo viage,
Fué tu nido por tí dejado,
Tal, volviendo del peregrinaje,
Será todavia por tí hallado;
Nosotros, cuidándolo, cada día
Suspiramos tu pronta venida.

—Cuando se dice que un hombre emprendedor ó arrojado puede cambiar la faz del mundo, parece que se dice una gran cosa, y sin embargo no se dice que una muy simple verdad. Si por vergüenza ó timidez no hubiese yo llevado aquel libro de mi amo á Gil Perez, este, ni siquiera hubiera sabido que existíamos en la tierra. Y yó, esta noche no hubiera hecho una cena mejor que la del rey, item mas no tendria en el bolsillo con que socorrer faustamente á mi pobre amo. Con que así, ¡viva el hombre arrojado!

Surca los mares, pronto, apresura,
Toca al fin del Tajo los litorales;
Hácia el pueblo que te espera
Golondrinilla, guiente amores....

Una voz estentórea interrumpió en este punto la canción del jovial Pedro, quien recogiendo su vista descubrió allá en el fondo de la calle un grupo de hombres que se adelantaban conduciendo entre los brazos un pesado bulto.

—Pedro,—gritó la voz del incógnito:—¿esta noche parece que has hecho buena presa?

—No es mala, por vida mia;—replicó Pedro, en tono igualmente robusto;—Dios, me ayude siempre así.

—Yá se conoce, pues que cantas con un brio y mas fuerte que nunca.

—La razón es muy clara y sencilla: el instrumento está mejor templado.

Así charlando, aquel grupo se fué aproximando y se adelantó en silencio casi rozando con Pedro, quien volviéndose los siguió algunos pasos queriendo reconocer con la vista lo que aquello que llevaban significaba, y no pudiendo descubrir nada, les preguntó:

—Eh, camaradas: ¿qué diablos lleváis ahí con tanta premura?

—Andrajos, miseria,—contestó la misma voz del incógnito;—hemos encontrado en la plazuela de la Virgen, un hombre tieso por el frío y sin sentido.

—¿Está muerto?—volvió á preguntar Pedro, conmovido.

—Quizá todavia, no; pero me parece que durará poco. Ea, buenas noches: tú tienes ganas de charlar, ¡eh, gloton!

El silencio interrumpido por un momento por el canto de Pedro y el rápido diálogo espuesto, volvió á reinar otra vez en la desiérta calle.

Tambien la alegría de Pedro, habia menguado en parte; la vista de tanta miseria volvía á abrir la llaga de su corazón, acostumbrado á desangrarse tanto tiempo hacia. Y con todo, muy lejos estaba él de sospechar que aquel hombre tieso por el frío y sin sentido, pudiese ser Luis Camoens, su amo.

Sin embargo de sus tristes ideas, cuando estuvo próximo á su casa, dió nuevamente principio al canto; tal vez para anunciar anticipadamente su llegada, ó bien para alejar de sí los negros pensamientos que á su pesar asaltaban su mente.

Golondrinilla, á los abiertos nidos
Vuelve, y seas la bien venida;
Al humilde techo y á los amigos

Con tu canto saluda;
¡Sus gracias el cielo consiente
A quien hospeda un inocente!

Pronunciando las últimas notas, Pedro había llegado á la puerta de casa; subió las escaleras en menos tiempo del que se emplea en decirlo, y entró en el cuarto precisamente en el instante que la agonizante llama de la luz se apagaba, dejándolo todo, consiguientemente, en la mayor oscuridad.

—¡Hola, mi amo! Desde ahora en adelante va á ser para nosotros una perpétua fiesta. . . . ¡Ahí, es nada! . . . Friolera. . . Pero, ¿qué, dormis? . . . ¡Habeis dejado apagar la luz? . . . y sin embargo, es preciso hacer un poco de llama, si es que quereis cenar. . . .

A medida que Pedro, esto decia y hablaba con un tono de voz siempre mas escitante, iba tanteando primero el asiento que estaba junto á la mesa, despues la cama y poco á poco todo el cuarto lo fué asi recorriendo para cerciorarse si su amo se hallaba ó nó en él.

El caso en si no era nada nuevo, pero si extraño; y como Pedro, á pesar suyo estaba algo preocupado por negros presentimientos, viendo siempre ante sus ojos aquel *hombre tieso por el frio y sin sentido*, como si precisamente debiese ser él. . . .

Bastante tiempo estuvo luchando con aquel si será ó no será; aplicaba el oido al menor ruido que escuchaba, sin saber lo que debia hacer en aquella angustiosa incertidumbre, y devanándose los sesos en pensar donde podia haber ido en aquella hora.

Mientras tanto habia nuevamente prendido luz, é investigaba con ansiedad lo que se hallaba sobre la mesa por si hubiese dejado algun indicio ó señal cualquiera, mas inútiles eran sus afanes; sobre la mesa no vió sinó que los acostumbrados papeles, alguno que otro libro esparcido aqui y allá y la vieja cartera.

—¡Si siquiera supiese leer!—esclamó:—¿Quién sabe si en estos papeles dice alguna cosa? la que pudiera indicarme! . . . ¡Estos poetas tienen caprichos bien singulares! . . . ¿Es este quizá un tiempo para salir fuera de casa? . . . Pero, y aquel hombre de la plazuela de la Virgen? . . . Ea, vamos, fuera pesadillas. . . Esta idea me bulle en la cabeza, como si en Lisboa no hubiera otro *hombre que fuera hallado tieso por el frio y sin sentido*, mas que precisamente mi amo! . . . La verdad es que mañana por la mañana vendrá aqui Gil Perez, las cosas cambiarán de aspecto, y se dará principio á una vida nueva, haciendo un punto redondo á la pasada. ¡Verdaderamente hemos sufrido tanto, que Dios querrá finalmente mirarnos con ojos piadosos! . . .

Así discurría el buen Pedro, y siguió haciéndolo un buen rato, pero finalmente el cansancio venció á su cuerpo, y acomodándose como mejor pudo sobre su felpudo, se durmió profundamente.

J. C. Cervetto de Stockmann.

(Concluirá)

Le Troubadour en Amérique

par le petit

ROGER BON-TEMS

(Mr. Ch. Legar.)

Bajo este título se ha publicado últimamente por la imprenta del «Siglo» una co-

leccion de canciones francesas, debidas á la graciosa pluma de Mr. Legar.

El género de esas composiciones es casi desconocido en la poesia castellana, pero podemos compararlo con nuestros romances, notando sin embargo que hay en ellas, mas gracia y mas variedad en el estilo y menos pesadez en la versificación.

Mr. Legar, pertenece á esa noble pleyada de cancionistas, cuyo gefe y cuyo guia es el popular Béranger, que ha sabido conservar en el corazon del pueblo francés el amor á la libertad y el entusiasmo por la patria; entonando sus alegres canciones llenas de amarga ironia, cuando la mano de hierro de los déspotas ha pretendido ahogar los nobles arranques de ese heroico pueblo.

Llenas de facilidad en el estilo y de gracia en los conceptos, las canciones de que nos ocupamos, son de ese género de composiciones poéticas que á la vez que deleitan la imaginacion hace que se despierte en el alma el amor á lo bello, y un odio profundo por todo lo que puede ser una injusticia.

Fáciles y alegres en su mayor parte, hay sin embargo algunas en las que campea un profundo sentimiento.

Les adieux á la France, de la que como una prueba de lo que decimos copiamos la siguiente cuarteta:

Le ciel est beau, nous marchons vent arrières
Et chaque instant, m'emporte malgré moi;
Mais plus, hélas! tout nous devient prospère,
Plus je maudis ce qui m'arrache á toi.

son poéticos y sombríos á la vez, como debe serlo la eterna despedida que se dirige á la patria.

El espacio de que podemos disponer no nos permite estendernos en el examen de esa coleccion de poesias, asi es que vamos simplemente á traducir la enseña biográfica con que el Sr. Vaillant ha encabezado la edicion de Montevideo.

Pero antes queremos recomendar á los amantes de la literatura, la adquisicion de *Le Troubadour en Amérique*.

Hé aqui esa reseña:

«Monsieur LEGAR cuya coleccion de canciones publicamos, nació en Arras, cabeza del departamento de Pas-de-Calais el 9 de Marzo de 1784.

Asi pues, tiene hoy 81 años.

Su educacion fué la de su época, lo que se nota en la mayor parte de sus canciones, en las que se encuentra el espíritu algo Volteriano, mitigado por el fácil epicurismo de Désaugiers, con un destello mas, el patriotismo, que con tan vivo fulgor brilla en las obras de Béranger.

Como todos los jóvenes de imaginacion, se dedicó al salir del colegio, á cantar el amor, el vino y la primavera; sus amigos le animaron á que cultivara las musas, lo que hizo siguiendo su inclinacion; pero, no por eso abandonó su carrera, q' siempre necesita alguna el que no dispone de riquezas, y nuestro jóven cancionista, se estableció como farmacéutico, en un pequeño pueblo de su departamento.

Sus estudios lo obligaron varias veces á ir á Paris. Allí conoció á los cancionistas, poetas, y *vaudevillistas* de reputacion y en 1816 y 1817, formaba parte de las alegres reuniones que tenian lugar en casa de Quenescourt, uno de los numerosos satélites de esa alegre falange. Comian alegre-

mente y cada uno llevaba allí el tributo d su imaginacion. Fué en una de esas famosas reuniones que Béranger leyó por primera vez, su *Marqués de Carabas*, y Mr. Legar su preciosa cancion *Mi botella*. Era conocido entonces bajo el pseudónimo de PETIT ROGER BON-TEMS pseudónimo que hemos conservado al frente de este volumen, pues ha sido ratificado por la opinion pública.

La relacion de nuestro cancionista con Béranger, ha sido amistosa y verdaderamente fraternal; la carta que publicamos al frente de este volumen, y que falta sin duda en las colecciones publicadas en Francia, lo indica bastante por sí sola, y prueba la delicadeza con que el gran cancionista sabia hacer un servicio á sus camaradas. «Es noble, sin duda, el pagar sus deudas, dice el poeta; pero sin embargo es necesario no exajerar esta prueba de delicadeza. Asi, yo no recuerdo haberos adelantado una cantidad cualquiera en la época de vuestra par-tida.»

¿No conservar el recuerdo de un servicio despues de haberlo hecho, no es el colmo de la bondad y del desinterés? El corazon de Béranger está retratado en esas líneas.

Por lo demás, el gran cancionista popular de la Francia, no era solo indulgente con los jóvenes escritores que lo consultaban; era á la vez previsor y concienzudo. El sabia bien, que con canciones no se puede vivir, que la poesia solo ofrece raras veces, y á muy pocos privilegiados, los medios de vivir: y nunca sus palabras alentadoras, hicieron nacer vanas ilusiones. Asi, aunque aplaudiendo las producciones de su amigo Legar, y alabando su nervio poético y su facilidad, le decia: «Querido, está bien, muy bien, pero tengo un consejo que daros; no hagais de eso un oficio: no abandonéis vuestras pildoras.»

En 1821, á causa de las persecuciones de la Policia Borbónica, con motivo de la publicacion de algunas de sus canciones que le costaron algunos meses de prision, Mr. Legar, salió de Francia para el Brasil; con este motivo compuso algunas lindas coplas; sus *Adieux á la France*, están llenos de sentimiento. Permaneció diez y ocho meses en el Janeiro y salió de allí para venir á establecerse en el Estado Oriental.

En 1830, estableció la farmacia de la plaza de la Matriz, en la que le sucedió Mr. Jaquet, y que es servido hoy por M. Roman.

En 1835, fué á establecerse á Paysandú, en donde ha permanecido hasta hoy, habiéndole sucedido su hijo en la farmacia.

Léjos de la Francia y de sus amigos, jamás lo abandonaron los dulces recuerdos de su juventud; conservó su carácter franco y alegre, en el que hay cierta profundidad; continuó mirando los pequeños acontecimientos que impresionaban su corazon ó su espíritu y en 1856, su nervio patriótico se despertó aun, para saludar las glorias de la Francia, conquistadas en Sebastopol.

La existencia de nuestro *Trovador en América* puesto que él titula asi su coleccion, no ha estado exenta de peripecias y de acontecimientos; el alegre bardo tambien ha pagado su tributo al dolor, pero sus pesares jamás han agriado su carácter. En 1845, fué hecho prisionero por orden del general Oribe; y permaneció cuatro meses y medio

espuesto, como sus desgraciados compañeros de infortunio, á todas las agonias que semejante cautiverio podia hacerle sufrir.

Hoy, el *Petit Roger Bon-Tems*, es octogenario; concluye dulcemente su vida en Paysandú rodeado de su familia, pero aun alegre y emprendedor, pues las penurias de un viaje no lo detienen y lo hemos visto en el mes de Mayo último en Montevideo, dichoso y contento y rimando aun algunas coplas para sus amigos.

Esta edicion de sus canciones es mas bien un tributo de reconocimiento que sus antiguos amigos, quieren consagrar á su memoria, que una especulacion; así pues, esperamos que la mayor parte de los franceses residentes en la República Oriental, responderán al llamado que les hemos hecho, tomando una parte en la publicacion de este volúmen, pues es una obra puramente nacional, y es justo que no nos olvidemos de nuestras pequeñas glorias en el extranjero, como no nos olvidamos de las que son verdaderamente grandes y de las que nuestro país se enorgullece con razon.»

José Pedro Varela.

Las Republicanas.

«*Rempubliam, populosque cano!*»
Canto á la libertad y á los pueblos!

Nada menos que ese soberbio testo ha escogido Don Laurindo Lapuente para encabezar la coleccion de *poesias*, que bajo el titulo significativo de *Republicanas*, acaba de someter al escarpelo de la critica.

Ayer la máquina fotográfica del Sr. Lapuente nos regalaba, en cada una de las *Laurindas*, un retrato de su persona; hoy la máquina famosa dilata la esfera de su accion, del retrato de un hombre pasa á la fotografia de un paisaje; abandona á Don Laurindo y se encarama á la República.

Esto en lenguaje vulgar puede traducirse así: *Don Laurindo Lapuente se ha metido en camisa de once varas.*

Si, como lo aseguran los moralistas, en materia de acciones la intencion es lo que vale, lo que rige, Don Laurindo debe encontrarse satisfecho y con razon; él se inspira en las ideas liberales, y ensalza á la República... pero la *ensalza* como puede, esto es con mala *salza*.

Créanos el Sr. Lapuente—es el consejo de un amigo—adore á la República, pero no se proponga retratarla; conságrese á servirla, pero no le cante; defiéndala con todas las armas posibles, menos con la lira; pida su *baja* y su *separacion absoluta* del Parnaso; sea para celebrar á los pueblos tan lacónico como aquellos Indios adoradores del Sol, que por toda oracion esclamaban á cada instante: ¡¡¡Oh!!!

«El poeta liberal es el Tirteo de los tiempos modernos,» dice Don Laurindo en el prólogo de las *Republicanas*.

Convenido! pero á ciertos Tirteos es necesario decirles lo que á los niños traviesos: *eso se mira y no se toca.*

A propósito vamos á referir á Don Laurindo unas bellas palabras de un personaje que él debe conocer y que goza de mucha popularidad entre nosotros—el Sr. Maciel y Sostoa.

Le preguntaban al Sr. Maciel si era *republicano*, y él con la elocuencia que le es peculiar, respondió lo siguiente:

«*Para ser Republicano, se necesitan cuatro cosas: capacidad, inteligencia, abnegacion y grandeza. Si yo me creyese republicano, seria capaz de hacer flamear con mi alienio la bandera de la patria con la cumbre de los Andes!*»

Medita estas palabras el Sr. Lapuente, á republicano, republicano y medio!

Ahora, entremos en materia, ataquemos de frente á las *Republicanas*.

El Sr. Lapuente se figurará talvez, que, celebrando á la República y anatematizando á los Imperios, cantando al porvenir Americano y renegando de las tradiciones Españolas, ha inaugurado un nuevo género de literatura, ha dado á la poesia un impulso singular.

Pero esto seria tan ridículo como, si con motivo de las *Laurindas*, Don Laurindo se creyese el inventor de la fotografia.

¿Qué idea, qué sentimiento nos revelan las *Republicanas*, que no sea una pobrísima parodia de todos los poetas Americanos, desde Olmedo hasta Magariños Cervantes? ¿Qué imagen nueva, qué colorido especial, mas aun, qué frase elegante encierran las trece *Republicanas* de Don Laurindo Lapuente?

¿Sabe el Sr. Lapuente la originalidad que nadie se atreverá á negarle? Es la originalidad de Antonio Diaz (hijo), de Górdon, de Fajardo, etc. etc.; la originalidad de los poetas ramplones,—media docena de estravagancias é innumerables violaciones de la gramática española!

Las *Republicanas* se inauguran con un soneto titulado el *Honor de la Francia*.

La primer cuarteta dice así:

Fiero el cañon del despotismo truena
Celebrando de un pueblo el cautiverio;
Y la justicia en alas del misterio,
Al libre alienta, al opresor condena.

¿A qué *misterio* se refiere Don Laurindo? No es, de cierto, á ninguno de los misterios cristianos, porque Don Laurindo es anti-católico *enragé*. Además el padre Astete no se ha atrevido á decirnos que los misterios tengan *álas*.

El *misterio* en cuestion, es obra esclusiva del poeta, es un retrato de la *persona*, es un *misterio-Laurinda*.

Pero, qué *álas*, ni qué *misterio*!

La cuestion no puede ser mas clara. Despues de *cautiverio*, nada mas lógico que *misterio*.

¡Fuerza del consonante, á lo que obligas,
A decir que son blancas las hormigas!

La segunda cuarteta es un apóstrofe *terrible* á los hijos del Sena, para que destronen al monstruo del Imperio.

La paso por alto.

El soneto concluye así:

No es la heroica victoria que engrandece
La que anuncia á los pueblos el soldado
Del génio del espanto y la tiniebla;
Es el triunfo del crimen que envilece,
El honor de la Francia sepultado
Bajo las ruinas de la heroica Puebla!

Este último rasgo es bello, aunque un poco vulgar. Felicitamos por él á Don Laurindo.

Sin embargo, analicemos.

En primer lugar, *tinieblas* es palabra española, pero *tiniebla* no lo es.

Entre mutilar una palabra y hacer consonar *tinieblas* con *Puebla*, Don Laurindo ha preferido la primera. Hermosilla no se la hubiera perdonado.

El soldado del génio del espanto!

Esto es verdaderamente orijinal.

Hé aquí al ESPANTO teniendo su génio, y al génio del espanto teniendo su soldado, y lo que es peor, lo que es mas grave, un soldado que vence y que anuncia sus victorias con la mayor desfachatez del mundo!

Esto que á primera vista parece insignificante, tiene grandes consecuencias en el terreno de la práctica.

En la Uruguayana, por ejemplo, el *génio del espanto* ¿dónde estaba? ¿Entre los sitiados ó entre los sitiadores?

Para Don Laurindo no hay cuestion.

El *génio del espanto* se paseaba ufano entre las filas de los ejércitos aliados.

Nuevo *Leonidas*! El autor de las *Republicanas* te devuelve el crédito.

Complázcase el lector en deducir las consecuencias del *descubrimiento* de Don Laurindo, mientras yo prosigo en la tarea de mi critica á vapor.

La *Republicana V* se titula *Santo Domingo*, y empieza así:

Testigo es el Atlántico!
Treinta mil bayonetas extranjeras
De un pueblo independiente
Pretenden altaneras
Los derechos hollar, y desde luego
Someterlo á su ley, á sangre y fuego!

Desde luego, el lector de la *Republicana V* advierte (y no puede menos de advertir) que el autor, violando todas las leyes de la rima y del buen gusto, quiere versificar á *sangre y fuego*.

Pero este juicio prematuro, se modificará de cierto con la lectura de la continuacion:

Esa víctima es Santo Domingo,
Que lleva por desgracia el mismo nombre
Del hijo del infierno; de aquel hombre
Que rigió, temerario,
La inicua Inquisicion, cuyo sistema
La católica España adoptó siempre
Con un amor tan santo,
Que á dó van sus legiones,
Vá la traicion y el crimen y el espanto!

Es necesario ser justo! Lo que acabamos de trascribir es un estallido estrepitoso del laud de Don Laurindo, un modelo de elocuencia fulminante, un ataque de verbosidad apoplética....

Cuando por primera vez leí esa terrible estrofa, me parecia estar oyendo á una de esas viejas regañonas y biliosas capaces de hablar durante un dia sin hacer un punto, una de esas viejas que en media hora de conversacion nos hablan con la misma zaña de todos los malditos que las hacen padecer, desde la criada que barre mal los patios hasta el pariente que le ha robado su fortuna.

Antes de pasar adelante, haré notar ese nuevo *espanto* que Don Laurindo cuelga, por decirlo así, en la mochila de las legiones españolas.

Isla Republicana,
Tú rechazas valiente
La aneccion degradante
Que á España propusieron los traidores
Que acandilla Santana;
Pero la España, generosa amante,
Quiere adherirte al yugo de su trono....

¡Qué tal esa ironia!

Está visto! Don Laurindo maneja las figuras mas delicadas de la retórica con la misma facilidad y perfeccion que la máquina fotográfica.

Quiere tener mas oro y mas esclavos
Que Napoleon tercero y que Pio nono!

¡Oh golpe maestro! Pincelada digna de Camargo! El Papa debe haber temblado en su apostólica silla, ni mas ni menos que si Mazzini hubiese tomado la pluma ó Garibaldi la espada.

La composicion continúa por este estilo. Despues de algunos apóstrofes brutales, despues de llamar á los soldados de España *soldadesca impia, sin honor ni conciencia, verdugos del poder, hordas malditas*, BUITRES DE LA VIRTUD Y DE LA CIENCIA (!!!), dirijiéndose á Santo Domingo, Don Laurindo dice:

Y por eso te irritas....

¡Pobre Santo Domingo! Resistir á la invasion del extranjero, con un heroismo sin igual, por que *todo un Republicano*, despues de grandes preámbulos salga diciendo que *te irritas!*

Cada dia que pasa, anima mas y mas mi odio á las conquistas.

Entre sus consecuencias fatales, quizás la mas terrible es esa lejon de *poetas* que sale de repente á combatir las con sus cantos hidrofóbicos.

Yo podria desmenuar una por una las *Republicanas*, pero eso seria cansar al lector y cansarme inútilmente. Me contentaré con mencionar los rasgos mas notables.

El mal camino pasarlo pronto, dice el refrán. Seré muy breve.

En la *Republicana* «Perú y Méjico,» encuentro lo siguiente:

La táctica del fuerte ya está bien conocida:
Los déspotas enseñan la ciencia del dolor.

Estos dos versos, á primera vista parece que no tienen relacion alguna, pero no es así; Don Laurindo ha querido darnos una prueba de su capacidad antitética y nos fabrica la antitesis que acabo de trascribir. ¿Dónde está la antitesis? preguntará el lector. Vamos á explicarla. Para abrazar en toda su estension las figuras de ciertos poetas, no basta la mirada, es necesario un anteojo de larga vista. El primer verso es una verdad de á puño, como dicen vulgarmente, casi un refrán; el segundo es un enigma, un geroglífico digno de someterse á la perspicacia de Anquetil. La explicacion de la antitesis no puede ser mas terminante.

La *Republicana* «Igualdad» tiene algo *sui generis*:

En cada verso ramplon
Una sandez como un templo!

El peristilo nos advierte lo que es el edificio: el principio nos dará la medida de la composicion.

Iguales son los hombres—la justicia
Debe dar á cada uno su derecho,
Y pesar las virtudes y los vicios
En la balanza cuyo *fiel* es recto.

Esta última observacion es oportuna; es de sentirse que Don Laurindo, nada diga del metal, de las dimensiones y demás calidades del *fiel* de la balanza.

Mas adelante Don Laurindo dice, quizá con falta de modestia por su parte:

No hay mas aristocracia que el talento.

Y concluye con el siguiente rasgo de derecho constitucional:

Por eso la República en el mundo
Con sus leyes y formas de Gobierno,

Hace libres é iguales á los hombres
Y realiza el divino pensamiento.

La guerra del Paraguay ha conmovido tambien el laud de Don Laurindo; y yo, que siempre estoy dispuesto á perdonar, no se la perdono al presidente Paraguayo.

Así el cínico Lopez,
Convocando á sus hordas degradadas,
Por el crimen armadas,
Con la voz del *espanto*
Las proclama y las lanza
Al incendio y el robo y la matanza!

Como se vé, el *espanto* vuelve á aparecer en la escena. Es el *espanto* lo que lo ha impelido á Lopez á mandar sus *hordas al incendio, y el robo y la matanza*.

Este pensamiento es fecundo en aplicaciones prácticas. ¡Qué dosis terrible de *espanto* deben haber tenido algunos Ministros de la República Oriental!

Don Laurindo es enemigo á muerte del gobierno del Paraguay, pero lo es mas aun de la triple alianza.

El argumento que hace es irrecusable.

Si nadie puede dar lo que no tiene,
¿Podrá el Brasil llevar á otras rejiones
La libertad, el bien de las naciones,
La igualdad de los hombres y el amor?

Despues de vociferar contra la alianza, Don Laurindo esclama:

Pero la alianza es hecha!.....
Mais l'alliance est faite! s'il vous plait.

No hay término medio: ó Vd. lo escribe en francés ó lo escribe en español.

Pero la alianza está hecha!

Para disculpar este error gramatical y otros muchos de los cuales es inútil hablar, el autor de las *Republicanas* debia advertir en su prólogo lo que el ilustre Errecart advirtió en el prólogo de sus *Poesias*:

No me someto á las reglas de ningun idioma determinado.

En la *Republicana*, «Fraternidad,» se destaca la siguiente cuarteta:

No es posible estrechar con amor santo,
A las Caines torvos y cruentos,
Hijos de la traicion y del *espanto*

Pues estamos frescos! El *espanto* habia sido nada menos que un padre de familia!

La última *Republicana* (gracias á Dios! dirá el lector) empieza así:

Ayer la monarquía, la hiena de los pueblos,
Sedienta de oro y sangre y armada de furor;
Lanzó sus tremebundas lejonas del *ESPANTO*

De nuevo el *espanto*! Proudhon llamaba á Dios: espectro de mi conciencia!

La conciencia de Don Laurindo Lapuente tiene tambien su espectro: el *espanto*!

Se me figura ver á Don Laurindo, pálido, con los ojos hundidos, el cabello desgredado y el pulso trémulo, escribir en una cueva famosa las *Republicanas* famosas.

Casi todos los sentimientos han tenido su cantor. El *espanto* era el desheredado. Don Laurindo lo recoge, lo ampara, lo convierte en plectro y zás! pulsa la lira....

Cuando me ocupé de las *Laurindas*, concluí haciendo votos por su segunda edicion en blanco. Hoy mis deseos no alcanzan á tanto.

¿Quiere Don Laurindo hacer fortuna con las *Republicanas*? Pues bien: cámbiele el nombre, y anuncie en grandes carteles y voluminosas letras:

LAS ESPANTADIZAS por el autor de LAS LAURINDAS.

Gravroche.

Correo de Paris.

Mis compañeros encargados de dar cuenta en los diarios de Paris de lo que pasa en la Capital, han tomado el partido de huir á las ciudades de aguas, pues allí solamente se pueden tener noticias de Paris. No referiré á Vd. las fiestas nacionales del 15 de Agosto: un millon de provinciales venidos de todos los puntos de la Francia, vasos de colores, fuegos artificiales, eso es todo. Gran número de personajes han sido condecorados con motivo de la fiesta de Napoleon III; me parece que esto no debe interesar mucho á los lectores del periódico de Vd.

En 1852, para inaugurar el restablecimiento de la fiesta nacional del 15 de Agosto, las lluvias habian vertido olas de melancolia durante el dia. En 1865 las ha tenido en reserva para impedir las iluminaciones y que los fuegos artificiales de un segundo fueran á mezclarse con las estrellas eternas.

El 15 de Agosto fuimos á darnos un baño de vapor entre la 1 y las 5 de la tarde, á los teatros *gratis*. En el *Vaudeville*, vimos *Las dos hermanas*, la nueva pieza de Mr. Girardin, el redactor en jefe de la *Presse*. En la Opera, hemos visto el penúltimo acto de *Rolando en Roncevalles* sin olvidar un himno en honor del Emperador, en el que notamos este verso:

Lo mismo que él no es amigo de la libertad!

Las dos hermanas ha sido silvada por el público.

Este incidente hacia presagiar durante la pieza de Mr. Emilio de Girardin, cuya primera representacion habia podido ser terminada apenas, una alegre borrasca. He oido bastante la pieza para referir á Vd. el asunto de que se ocupa hoy todo Paris. La marquesa Cecilia, hermana de Mma. Valentina de Puybrun, es esposa de un anciano gotoso, áspero, avaro, y por esta uniones madre de una niña estropiada, jorobada; es cierto que no se vé al marido ni á la niña y con la preocupacion de no tener personajes en demasia y de manifestar la virtud de Cecilia, el autor ha inventado estas enfermedades que esplican la ausencia del padre y de la hija, su estancia en las aguas termal y que añaden un nuevo lustre al mérito de la esposa y de la madre. Cecilia tiene lo que se llama talentos de sociedad. Pinta y toca el piano de manera que se hace aplaudir en el 2º. acto, como una mujer perfecta. Al levantarse el telon despide á su camarista, sin que se sepa porqué. Este misterio doméstico, que no aumenta el interés de la situacion, queda sin explicacion. La criada es reemplazada por un provincial, que se halla por el momento en Paris, que viene á hacer sus provisiones. Mr. Drouzac (tal es el nombre del provincial) hace á propósito de todo, reclamamos sobre los embellecimientos de Vichy, los *boulevards* de Paris, sobre *Gladiateur* y aun sobre la coleccion de cuadros de Mr. de Morny. Cuando Mr. Drouzac termina su discurso, se retira y deja sola á Cecilia y su hermana, Mma. de Puybrun. Héte al fin las dos hermanas en presencia. Va á comenzar el interés, al menos se tiene derecho á esperarlo. Pues bien, no.

Asistimos á un cambio de pequeños discursos alternados: 1º. sobre las ventajas de la virtud; 2º. sobre los inconvenientes del matrimonio. Cecilia es el ángel del deber; cuidar á su marido, á su hija, pintar, cultivar el piano: tal es su ideal.

Valentina tiene el instinto de la borrasca y del desorden. Tiene una llama en el seno. Quiere amar y amará. «Ama á tu marido, le dice su hermana. Es jóven, guapo, noble, rico, te ama!»—Sí, pero ese marido tiene una falta. Ama demasiado á su mujer, es celoso y Valentina quiere un amante, aspira al adulterio porque se la ama demasiado.

Plantear el problema sobre estas bases, es comenzar por falsear la situación. En efecto, Mr. de Puybrun sigue la pista de su mujer, viene á unirsele en casa de Cecilia y le promete conducirla á Vichy. Apenas ha cedido, cuando el duque de Beaulieu entra. El duque es un diplomático, un Don Juan. Saluda á Mr. de Puybrun, al cual se hace presentar por Valentina y la dice en voz baja: «Pues bien!—Consiento, responde Valentina, parto para Vichy.—Y yo también, dice el diplomático.»

En el acto, Valentina es querida de Mr. de Beaulieu y pronto este secreto transpira en el público. Un telegrama anuncia la llegada del marido. Preciso es, pues, tomar una resolución. Valentina quiere huir. «Partamos,» dice al diplomático. Pero el duque, como un verdadero hidalgo, explica á la bella que le hace la corte como un hombre de buena sociedad, pero que nunca ha tenido intención de embarazarse de ella indefinidamente. Esta confesión poco diplomática, debía ser una solución, un castigo. Debo confesar que conducida con menos torpeza, esta declaración de principio podía producir un grande efecto. Pero la falta del autor es no comprender que la psicología consiste en materia de arte en hacer palpables las verdades crueles, sin sacarlas violentamente, sin disecarlas, para que no quede nada oculto de innoble en el fondo del alma humana. ¡Cómo! esos dos seres que experimentan aun el efecto de los abrazos de la víspera, ¿no tienen un movimiento del arranque fogoso de la pasión? La crudeza de la situación se presenta como una cuestión económica y la consideran como observadores de un congreso. ¡Cómo! ¡aun el amor sospechoso, fermentado de la alta sociedad, es tan incoloro, tan nulo! Y cuando al fin el diplomático, impelido hasta sus últimos atrincheramientos dice con mala voluntad á Valentina: «Pues bien, partamos,» esta mujer que ha visto desnudo el corazón de su amante, se arroja empero en sus brazos.

Una vez concertada la fuga, no se verifica por un accidente. Los fugitivos que partían con todas sus maletas, llegan demasiado tarde al ferro-carril. Cecilia sabe esta catástrofe que deshonra públicamente á su hermana, por la boca de un criado. Estas dos hermanas, tan unidas, no se comunicaban nada.

Entonces, Mr. de Puybrun, amenazador, implacable, deplora la ausencia del divorcio y busca querrela al duque de Beaulieu. Pero el duque responde á las provocaciones del marido, que el honor le prohíbe batirse con él. Y como el marido insiste en el desafío por el insulto, Mr. de Beaulieu estóico, mantiene su negativa. Mr. de Puybrun le es-

cupe el rostro. El duque presenta la otra mejilla. «Paedo mataros, dice el marido.—Matadme, responde el amante.» Mr. de Puybrun repite sus intimaciones legales al seductor y como este persiste, un doble disparo se oye al instante. El marido mata al amante y se hace saltar la tapa de los sesos.

Tal es el asunto de *Las dos hermanas*, que forma por decirlo así, el único asunto de la conversacion de 8 días á esta parte.

B. M. M.

Paris, Agosto 24 de 1865.

La Semana.

I

El Lunes tuvo lugar el Concierto de la Sociedad Filarmónica, por tanto tiempo y con tanto anhelo esperado por la sociedad *dilettante* de Montevideo.

Nosotros asistimos á él; pero asistimos temblando.

Recordábamos la protesta bárbara de la araña, cuando el Bazar de la Paz, y nos estremecía ese recuerdo.

Quién sabe, nos decíamos, si la araña no vuelve á hacer lo mismo, á pesar de la Policía.

Y parece que la Comisión tuvo la misma idea, porque la araña no estaba; pero, estaba, sí, el tubo de que ella pende.

Una reflexión se nos ocurrió al verlo. O faltaba la araña ó sobraba el tubo.

Reunidos ámbos, son un bonito adorno para el Foyer. Dejando solo el tubo, es una especie de parche en la mitad del salón.

Sucede en esto, como con las mujeres en los bailes.

Cuando bailan, cuando son obsequiadas, y se encuentran siempre al lado de un hombre, animan una reunión y la embellecen.

Cuando están solas, cuando *planchan*, son un cuadro grotesco que afea una sala; una caricatura de la diversion que se delinea junto á la pared.

¡Pobres de las niñas que se conyiernen en caricatura!

II.

La Primavera ha venido, y con ella han venido las golondrinas.

Las golondrinas, esas felices mensajeras del Verano, que vienen á anunciar á todo el que no tiene un abrigo, que la naturaleza se dulcifica, y que deja solo á los hombres el cuidado de ser crueles con sus hermanos.

Con la Primavera han venido los trajes vaporosos y las mantillas blancas, que tan poéticas hacen á las mujeres.

La Primavera es la estación del amor.

En ella, las mujeres como las flores están mas lindas; el cutis está mas transparente, los ojos mas brillantes, el cuerpo mas flexible, y las palabras, parece que fueran mas ardientes.

Si nosotros hiciéramos un almanaque, pondríamos *Setiembre*, PRIMAVERA; en esta estación se recoge el amor, y se siembra para la nueva cosecha.

¡Qué lástima que nosotros no seamos agricultores!

III.

Hablemos del Concierto.

En la parte filarmónica deberíamos poner

unos puntos suspensivos, porque somos l^{os} en la materia.

Respecto á la música, sabemos sentir, pero no sabemos juzgar!

A veces al oír una fantasía de Haydn ó de Auber, al escuchar la voz vibrante de una mujer, elevándose para interpretar las sublimes concepciones de algunos de los grandes maestros italianos, nos estremecemos entusiasmados, pero sin que sepamos decir qué es lo que nos produce ese entusiasmo.

La sensación que nos causa la música, es la misma que nos causa todo lo que es bello, todo lo que es sublime, ya sea una mujer linda, un cuadro poético ó un gran pensamiento.

Sentimos, nos entusiasmos; y el verdadero sentimiento y el verdadero entusiasmo, no pueden definirse.

Otros, pues, serán los que os den una descripción de la parte filarmónica del Concierto; nosotros vamos á hablaros de la concurrencia.

Era numerosa y era escogida: sobre todo en su mayor parte, era primaveral, digámoslo así.

Aun en la suposición de que los miembros de la sociedad filarmónica se desempeñaran mal, siempre que tuvieran una concurrencia como la del Lunes, tendrían por seguro el éxito.

¿Cuál será la música que no agrada, cuando la escuchamos contemplando una mujer linda?

¿Qué es lo que no embellece la mujer?

Gravrochito nos ha llamado en tono de burla *sacerdote de Venus*.

No creemos que nuestras lectoras nos crean amigos del culto.

Sin embargo, de ese templo con gusto seríamos sacerdotes; de ese campanario seríamos con gusto sacristanes!

Desgraciadamente no nos sentimos capaces de desempeñar ese sacerdocio!

Pero nos estendemos y no hablamos de la concurrencia; es que tenemos miedo de hacerlo.

Si seguimos la corriente de nuestras ideas, vamos á mencionar algunas de las preciosas criaturas que allí se encontraban y tememos que nuestra palabra pueda traducir una admiración exajerada.

Suprimiremos, pues, ese *algunas* y os hablaremos de aquellas á quienes podemos admirar sin esponernos á una crítica.

¿Cuándo será la vez que no tengamos que decir que estaba magnífica, *la mujer espléndida*?

Si yo fuera *Gravroche*, diría: ese *palacio morisco de la belleza*, esa *zona tropical de la hermosura*, estaba sublime; pero no lo soy, y me contentaré con decir: esa *hija de un mártir*, parece que tomaba una venganza y hacia mártires á su vez. Una sonrisa que se deja al pasar, es á veces un martirio para el que la recibe.

¡Cuántos habrá que son de mi opinión!

Nos figuramos que no irá Vd. á darnos una lista de todas las niñas que estaban en el concierto, dirán mis lectoras, al ver el carácter que va tomando esta crónica.

No teman Vdes., aquí voy á poner un punto.

Un punto á tiempo es una gran cosa; es lo mismo que una retirada.

¡Retirarse á tiempo, es saber vivir!

IV

Sin preámbulo de ningún género y por medio de un salto mortal terrible, porque en él me espongo á caer, voy á pasar de la noche del Lunes á la noche del Viérnes en San Felipe.

Vamos á ver el drama del Dr. Ramírez, titulado: «Espinass de la Horfandad.»

En las columnas de la *Semana*, ¿podremos hacer la crítica detenida de ese drama, que es en nuestra opinion, el mejor de los dramas nacionales que han subido á la escena, pero que tiene, sin embargo muchos puntos vulnerables?

Y la relacion que nos liga el autor, ¿no hará acaso que nuestro juicio tenga la imparcialidad que se necesita para juzgar del mérito literario de una obra cualquiera?

Nos llamamos pues; pero, sin embargo en nombre del clero católico y sobre todo de nuestros curas, vamos á hacerle un reclamo.

En la terminacion del drama, el viejo padre de Elina, le dirige á Adolfo un sermón sobre el matrimonio, que permitamos el autor que se lo digamos, no es mas que un plagio de nuestros sermones parroquiales.

¿Si los dramaturgos empiezan á echar sermones qué harán los curas?

¿Cómo no reclama el Vicario, contra ese avance hecho á los derechos del clero?

El escenario de un teatro, no es el lugar mas aparente, para predicar un sermón.

Sin embargo, los que á la palabra unen el ejemplo, tienen el derecho á hablar de ciertas cosas.

¿No lo creen así nuestras lectoras?

Por otra parte, las «Espinass de la Horfandad», desconocen ademas de los derechos del clero, la capacidad crítica del público.

También al terminar, el mismo actor que echa un sermón sobre el matrimonio, esplica el rol que los personajes han jugado en el desarrollo del drama.

Aquí es el caso de esclamar: Si lo quiso decir, ¿porqué no lo dijo? y si lo dijo, ¿para qué necesita esplicarlo?

O sobra la esplicacion, ó están de mas los personajes!

Pero, basta de crítica; que me figuro que mis lectoras no serán literatas.

Ademas, estamos haciendo notar los defectos, sin elogiar las bellezas, y esto no es justo.

¿Qué importa! ¡las injusticias abundan!

¿Qué habrá mas injusto que destrozar una obra dramática, como destrozaron las «Espinass de la Horfandad» en la noche del Viérnes?

Los dramas tienen también su calvario!

V.

La concurrencia era bastante numerosa.

No puede decirse que San Felipe no estaba en traje de gala, pero sí en traje de calle.

En la *cazuela* no faltaban luces.

Los palcos estaban adornados con dalias punzóes.

Esas dalias, eran los oficiales de un batallón de guardia nacional, vestidos de uniforme!

De algun tiempo á esta parte, pocas veces nos falta este adorno en los teatros.

Parece que nuestra juventud es muy guerrera. Guerrera en el traje al menos.

Pero, silencio! que allí veo en uno de los balcones á uno de los oficiales del Segundo, que se ha ido con su espada al cinto, quizá para custodiar mejor á una niña á quien devora con sus miradas.

¡No tantos bríos, señor *Otsuqua*, que en los combates de amor no deben entrar las espadas!

Y ahora que decimos amor, asombrados, atónitos, despavoridos, sin creernos á nosotros mismos, dudando de nuestra vista, notamos la presencia en el teatro, de un ermitaño, de un *anacoreta del amor*, de un casi desconocido en nuestra sociedad.

¿Qué será, nos decíamos á nosotros mismos. lo que haya traído á San Felipe á eso que es una protesta viva, contra todo lo que sea una diversion?

¿Qué será? Pero nos fijamos en un palco bajo.

Todo tiene su esplicacion.

Y aquí, y esta vez sin que podamos esplicarlo, nos vemos obligados á esclamar:

La república avanza; el republicanismo se estiende cada vez mas; la democracia lo invade todo: San Felipe se ha hecho republicano. ¡Estaban sin la reina!

VI.

Nuestras lectoras habrán estrañado, que habiéndoles anunciado que era *Chicot* el que iba á escribir esta *Semana*, no lo haya hecho.

Es que él ha preferido escribir la *Semana* que viene, para ofrecerles la descripción del baile del Club Libertad.

Veremos lo que nos dice. Veremos si nos habla del cielo en italiano, como decia *Calengo*.

Y veremos en fin... lo que su *Semana* quiera mostrarnos.

Ensimado.

Soldados heridos.

CONVENCION INTERNACIONAL.

Por ser de actualidad traducimos á continuacion un brillante artículo que tomamos del *Journal des Débats* del 31 de Julio del año corriente.

Como se verá, ha sido escrito despues de publicarse en Paris, en el *Moniteur*, órgano oficial del Gobierno francés, un convenio internacional para el cuidado de los militares heridos de los ejércitos en campaña, el cual ha sido firmado ya por las principales naciones europeas.

El objeto no puede ser mas humanitario. Cedamos la palabra al artículo en cuestion, debido á la pluma del afamado publicista Prévost-Paradol, redactor principal de aquel diario.

Dice así:

«El autor del *Recuerdo de Solferino*, Mr. Enrique Dunand, ha recogido la gloria mas grata y mas pura á que un escritor puede aspirar: su llamamiento á la humanidad en favor de los militares heridos ha sido no solo escuchado, sino seguido, y un resultado práctico casi inmediato ha recompensado ámpliamente esa idea generosa.

«Hemos publicado hace algunos dias el convenio celebrado entre la mayor parte de las potencias europeas, para mejorar la

suerte de los militares heridos en los ejércitos en campaña. Se nos asegura que la Turquía misma acaba de prestar su adhesión á esa convencion, y se compromete á respetar, como una señal de neutralidad, esa cruz roja en fondo blanco que protegerá en adelante el asilo de los heridos de todas las naciones. No basta ciertamente, como se ha hecho observar con razon, que esas cláusulas protectoras se escriban en el papel y se firmen por todos; es menester además que la práctica las sancione, y que las dificultades de detalle que puedan suscitar en la aplicacion sean allanadas por la esperiencia. Será esta la tarea de la primera guerra europea que nos veamos condenados á ver, y sino puede verse en esa convencion misma mas que una especie de ideal, no es poco tener en adelante en tiempo de guerra un ideal semejante ante los ojos.

«Pero la convencion misma no sería sino una disminucion imperfecta de los males de la guerra, si no existiese á su lado una institucion destinada á aprovecharla en bien de la humanidad. Esta institucion, á la que la convencion se propone principalmente ofrecer una posicion activa en los hospitales y en los campos de batalla, es la *Sociedad de Socorros á los heridos militares*, que hoy se ha formado en varios paises de Europa y particularmente en Francia. El objeto de esta sociedad es reunir y dirigir á los puntos necesarios todos los socorros en material y personal que pueden concurrir al alivio de los heridos durante la guerra. Una suscripcion anual de seis francos basta para ser miembro de esta Sociedad á la cual darán su concurso todos los amigos de la humanidad. Cuantos han visto los males de la guerra y la insuficiencia inevitable del personal oficial empleado en los ejércitos para recoger y cuidar los heridos, están de acuerdo respecto á los beneficios que semejante sociedad no puede menos de producir. Mucho antes del elocuente testimonio de Dunand, se sabia que el mas espantoso espectáculo, que se presenta ordinariamente en la guerra, es el de un campo de batalla en que los heridos esperan muy á menudo un dia y una noche entera que se les venga á recoger. No solo este retardo, inevitable hasta aquí, ha causado la muerte de un número infinito de hombres que, recogidos y atendidos á tiempo, habrían podido sobrevivir, sino que el corazon se horroriza ante la idea de los tormentos que acompañan esas largas horas de espera.

«¿Es posible, como lo desea la sociedad, enviar en pos de los ejércitos, voluntarios capaces de seguir sus movimientos sin embarazarlos para recoger á tiempo todos los heridos que deja en el campo de batalla y todos los enfermos que deja en su camino?

«Se puede discutir esta cuestion; pero existen dos motivos de esperanza para los que desean el feliz éxito de esta generosa prueba. El primero es la opinion favorable de los hombres mas competentes, entre los cuales basta nombrar el General Trochu y á M. Darrian, para reasumir todas las luces que puedan dar la práctica de la guerra y direccion suprema de la intendencia. El segundo motivo de esperanza, es el incontrastable feliz resultado obtenido por una sociedad de este género formada en el Norte durante la guerra civil de América. Esta aso-

ciacion poderosa que habia reunido, á principio de Mayo de 1864, mas de 50 millones de especies, sin hablar de otros donativos, encontró ante sus primeros pasos los mayores obstáculos, y las prevenciones mas vivas; pero despues de las batallas de Sharpsburg y de Gettysburg, en que prestó los mas brillantes servicios, conquistó la simpatia de la nacion y del Gobierno, al mismo tiempo que la gratitud del ejército. Nuestra sociedad francesa de socorros no podia tener á la vista un ejemplo mas grande y mas á propósito para estimular su celo.

«La benevolencia universal le está además segura. Sabemos con satisfacción que un lugar especial será reservado á la Sociedad de Socorro en la esposicion universal de 1867. Allí se verá, y quizá en frente de los medios mas poderosos de destruccion, todo lo que la caridad ha podido imaginar para el alivio de los heridos y para suavizar los males de la guerra. Así se verán reunidos y espuestos los signos materiales de la dureza del hombre contra sí mismo, y las pruebas no menos visibles de la noble emocion que excita en su alma, en la que el bien y el mal están tan estrechamente enlazados, á la vista de los dolores de sus semejantes.»

Los representantes de la humanidad

POR R. W. EMERSON.

(Continúa.)

Asi pues, los grandes hombres son un colirio que cura nuestros ojos del egoismo y nos permite diferenciar los otros y sus obras. Pero hay vicios y locuras inherentes á las poblaciones y á los siglos enteros. Los hombres se asemejan mas á sus contemporáneos que á sus progenitores. Se han observado viejas parejas ó individuos que despues de haber cohabitado juntos durante muchos años, llegaban á parecerse, y que habria sido imposible distinguir uno de otro, siempre que su union hubiese durado el tiempo suficiente para eso. La naturaleza profesa horror á esas complacencias que amenazan fundir el mundo en una sola pieza, y se apresura en quebrar esas estúpidas aglutinaciones. Una asimilacion análoga se efectúa entre los hombres de una misma ciudad, de una misma secta, de un mismo partido político; las ideas del tiempo reinan en el aire, é infestan todos aquellos que lo respiran. Contempladas desde cierta altura las ciudades de New-York y de Londres en que estamos, la civilizacion occidental pareceria un manojo de locuras. Nos disputamos unos á los otros, y nuestra emulacion exaspera el frenesí de la época. La práctica universal en la que nuestros contemporáneos nos sirven de escudo contra las picaduras de la conciencia. Por otra parte es muy fácil ser tan sabio y tan bueno como vuestros compañeros. Aprendemos de nuestros contemporáneos lo que ellos saben, sin esfuerzo, y por decirlo así, al través de los poros de la epidermis. Ganamos su ciencia por simpatia, ó como una muger adquiere la elevacion intelectual y moral de su marido. Pero nosotros nos detenemos donde ellos paran. Nos es muy difícil pasar mas adelante. Los grandes hombres ó aque-

llos que realzan la naturaleza y que se adelantan á las modas por su fidelidad á las ideas universales, nos salvan de esos errores federales y nos defienden contra nuestros contemporáneos. Ellos son las escepciones necesarias por donde quiera que hay tendencia á la uniformidad.

Una grandeza estraña es el antidoto al espíritu de secta.

Asi es como nos alimentamos del génio, nos reposamos de la larga frecuencia de nuestros iguales y palpitamos de placer al aspecto de las profundidades que nos muestra en la naturaleza la via que él nos ha trazado.

¡Qué compensacion la de un gran hombre, para poblaciones pigmeas! Toda madre desea un hijo de génio, debiesen todos los otros hijos, no tener por herencia mas que la mediocridad.

Pero un nuevo peligro surge del exceso de la influencia del gran hombre. Su atraccion nos desequilibra.

Nos volvemos sus satélites y suicidas intelectuales.

¡Ah! veo en el horizonte lucir nuestra salvacion—otros grandes hombres, nuevas calidades que se contrapesan y que se contrarrestan unas á las otras. Nos saciamos de la miel de toda grandeza particular. Todo héroe con el tiempo se vuelve un fardo.

Voltaire, que talvez no tenia en el fondo, mal corazon, decia no obstante del mismo buen Jesus:

«Por favor no me hableis de ese hombre.»

Exáltanse las virtudes de Jorge Washington—Que se vaya á todos los diablos vuestro Washington! tal es la respuesta del pobre jacobino Pero esa es la inevitable defensa de la naturaleza humana. La fuerza centripeta aumenta la fuerza centrifuga. Pesamos un hombre con su contrario, y la salud del Estado depende de la oscilacion de la balanza.

Existe no obstante un pronto limite á la utilidad de los héroes. Todo génio está resguardado de nuestro contacto, por una cantidad de ramage seco que lo defiende.

Los grandes hombres son muy atrayentes y nos parecen á la distancia de los nuestros, pero hallamos obstáculos por todos lados que nos impiden avanzar.

Cuanto mas atraídos nos sentimos, mas nos encontramos repulsados. Hay un lado frágil en el bien que nos prodigan. El inventor guarda para sí sus mas bellos descubrimientos. Ellos conservan para él mismo un aspecto de irrealidad mientras no los ha formulado. Parece que la Divinidad hubiese revestido cada alma que envia á este mundo, de ciertas virtudes y facultades incommunicables á los otros, y que al imponerle un nuevo viaje al través del círculo de los seres, haya escrito sobre la vestidura de esa alma: «Inalienables» ó «Buenos para este solo viaje.» Hay algo de engañoso en el comercio de los espíritus.

Los limites son invisibles, pero jamás transgredibles. Hay tanto deseo de dar por una parte y por la otra de recibir, que cada uno amenaza de asimilarse al otro; pero la ley de la individualidad recoge sus fuerzas secretas; vos, sois vos, y yo, soy yo, y tal quedamos.

(Continuará.)

El sueño de Liemia.

Como el ángel de paz sus niveas alas
Sentándose en el trono escelso plega,
Y su alba vestidura
Ondea reluciente sin mas galas
Que los fulgores de su frente pura;
Así al cerrar sus párpados de nácar
En blando sueño, Liemia,
El sol oculta de sus ojos bellos
Y su tez de azucena
Coloran suavemente sus cabellos.
En torno de su lecho los querubens
Con éxtasis admiran su sonrisa
Meciéndose en rosadas y áureas nubes,
Y de aromas cargada
Su frente á refrescar viene la brisa,
Do la llama de amor brilla encarnada.
Con alas de zafir, de nácar y oro,
Cuál májicas lucientes mariposas,
De ilusiones el coro
Baja á derramar en su alma pura
Imágenes hermosas
Que cielo la prometen de ventura;
Y ella sus labios de ámbar purpurinos
Entfeabre risueños
Al soplo de su tibio puro aliento,
Murmurando melódicos divinos,
Amorosos ensueños
Que deleitan su casto pensamiento.
La falange de tiernos cupidillos
Que Venus acaricia placentera,
Deslizase jugando en los anillos
Que forma en bucles de oro
Su suelta y perfumada cabellera,
De aquel cielo de amor digno meteoro,
El ángel de la noche estremecido
De encanto al contemplar tal hermosura
Inclinase á su oído
Y de eternal ventura
Ofrécela un edén desconocido.
Elévase ondulante el blando seno
De la virgen lozana y candorosa
Por los dulces placeres de amor lleno
De un mundo misterioso,
Y de sus labios de purpúrea rosa
Exhálase un suspiro voluptuoso.
Las auras matinales por su frente
Con cántiga tiernísima y sonora
Besándola resbalan dulcemente.....
Despiértase con lánguida mirada
Y surge entónces la rosada aurora,
¡Por los ojos de Liemia iluminada!

Félix A. Malato.

Setiembre 21 de 1865.

¿Si estará muerta...?

(DE JUSTINO KERNER.)

¡Gran Dios! la buena madre
Decis que ya murió!
Ponedle sobre el seno
Al hijo de su amor,
Y si no late rápido
Su yerto corazon
¡Llorad! que está bien muerta!
¡Que su alma se voló!

Z. R.

Sumario.

Juan Brown, por Alfonso Pagés (conclusion)—
Proudhon, por Alejo Peyret (conclusion)—*Rikke-
Tikke-Tak*, por Enrique Conscience (continuacion)
—Tipos: el lame-platos, por M. L. A. (continua-
cion)—*Los yankees del Rio de la Plata*, por Felix
Frias—*El suicida*, por Cuasimodo—*A mi esposa
Nicanora*, poesia por Tomás Gutierrez—*A la Pa-
tria*, poesia por R. de P.—*Ilusiones*, poesia por J.
C. G. de S.—*Luis Camoens*, por J. G. Cervetto de
Stockmann (continuacion)—*Le Troubadour en Amé-
rique*, por José Pedro Varela—*Las Republicanas*,
por Gravroche—*Correo de Paris*, por B. M. M.—
La Semana, por Cuasimodo—*Soldados heridos*—*Los
representantes de la humanidad*, por R. W. Em-
erson (continuacion)—*El sueño de Liemia*, poesia por
Felix A. Malato—*¿Si estará muerta...?* poesia por
Z. R.